



*Hasta  
que me odies*  
DOROTHY MCCOUGNEY



# Hasta que me odies



Dorothy McCougney

[dorothymccougney.com](http://dorothymccougney.com)

# **Hasta que me odies**

1ª Edición Agosto 2013.

© 2013 Dorothy McCougney

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento del autor.

**Diseño de portada:** Dorothy McCougney.

Fotografías extraídas del sitio Web [morgueFile](#).

**Contacto:**

dorothy@dorothymccougney.com

<http://dorothymccougney.com>

*A Jesús,  
mi héroe de la vida real*

# Agradecimientos

Quiero agradecer a Kathryn Kane del blog [Regency Redingote](#) y a Nancy Mayer del blog [Nancy Mayer Regency Researcher](#). Ambas han sido muy amables conmigo, disipando muchas de mis dudas y ayudándome en el camino de investigación de muchas otras que yo necesitaba resolver para poder contarles esta historia.

También agradezco con calidez a los familiares y amigos que siempre han puesto su confianza en mí.

# Capítulo I

*Londres, Inglaterra. 5 de Marzo de  
1815, 45 días para la boda.*

Una jovencita de buena cuna no debía esperar de un esposo más que seguridad financiera y algo de afecto, y eso lo sabía cualquiera que comprendiera el mercado del matrimonio.

El doctor Ernest Aldridge, hijo único del conocido banquero Charles Aldridge, se encontraba sentado en una posición recta y formal, como de costumbre, en el despacho de la residencia que

ocupaba el número veinte de *Brydges Street*. Frente a él se hallaba aquel a quien quería convertir en su suegro: Henry Bannerman.

Henry le sonrió abiertamente, a lo que él respondió con un gesto más tibio, en que ni siquiera movió un centímetro su rostro cuadrado enmarcado en finas patillas.

Si bien era cierto que Henry Bannerman y su padre eran grandes amigos y que ambos celebrarían la unión matrimonial de sus hijos, no era ese el motivo que lo llevaba, a sus cuarenta años, a pedir la mano de una señorita de veinte.



Mary Bannerman lo había encandilado. Sus ojos y sus sueños pasionales llevaban cinco años detrás de ella. En cualquier fiesta, en cualquier lugar en que la encontraba, donde fuera que la viera quedaba enceguecido para todo aquello que no fuera ella, con el mismo arrebató que cuando era un muchacho.

Henry había abierto la boca y comenzaría a hablar en cualquier momento.

Bajo la frente ancha cubierta por un flequillo rubio bien peinado libraba una batalla sangrienta con

sus inseguridades. Un viejo amor de la juventud y un rechazo cruel que no había logrado superar lo habían mantenido durante mucho tiempo lejos del amor.

—La verdad es que su propuesta me toma por sorpresa —dijo el regordete señor Bannerman—, pero sepa que tiene mi complacencia en cuanto a sus intenciones con mi hija que, me consta porque conozco a usted y a su familia, son muy serias. Por supuesto, es ella quien tiene la última palabra.

Henry Bannerman volvía a sonreír extasiado. Esto escapaba al interés de Ernest, que no tenía al

señor que entonces era su interlocutor en gran estima.

Agradeció que con el padre hubiera sido más fácil de lo que había imaginado. No le hubiera gustado tener que usar el poco noble argumento de su posición económica, haciendo público el hecho de que era dueño de una parte importante del negocio de su padre que, a diferencia de lo que a media voz se decía del de Henry Bannerman, estaba obteniendo grandes dividendos.

En el fondo estaba nervioso, pero nada en su postura, en sus

palabras o en el tono de su voz hacía suponer tal cosa. Su severidad era casi inquebrantable.

—Señor Bannerman, es un honor que ponga su confianza en mí. Me siento sinceramente agradecido.

Todas las palabras de Ernest parecían haber sido ensayadas, como si se encontrara interpretando un papel de sí mismo en una obra de teatro. Sus grandes ojos verdes, como era costumbre en él, no traslucían nada de lo que pensaba.

La situación no era igual en cuanto a Henry Bannerman, que no dejaba de moverse con nerviosismo

en su silla. Si no hubiera sido por las edades y las posiciones frente a la mesa del despacho, ya que el padre de la novia era un cincuentón en un estado físico no muy bueno, podría haberse pensado que el temeroso enamorado era el otro hombre.

El contraste entre los dos se extendía al mundo físico. La contextura de huesos finos e inusualmente largos del doctor era la contraparte de la presencia robusta del señor Bannerman.

Henry se aclaró la garganta.

—Me imagino que ahora querrá

hablar con ella. ¿No es así, doctor?

Ernest, al verse tan cerca del momento más importante, sintió que algo se removía en su interior. Sabía que con la hija no iba a ser tan fácil como con el padre. Llevaba demasiado tiempo observándola como para que le fuera posible desconocer las delicias de su carácter virulento. Sí, parecía una locura, pero era ese mismo carácter lo que más le atraía de ella.

—Así es, señor, me gustaría hablar ahora con ella.

Henry Bannerman hizo sonar una

campanilla y al momento se presentó un sirviente. A través de este, envió un recado a Mary para que se presentara en el despacho.

—Doctor, ¿le importaría esperar a mi hija en el jardín trasero? Es un hermoso lugar para proponer matrimonio y es uno de los sitios favoritos de Mary en este hogar. Me gustaría hablar un momento con ella antes de que tenga su entrevista con usted.

—Me parece perfecto —fue todo lo que dijo Ernest antes de dejar el despacho.

Abandonó la habitación

caminando tras otro sirviente que le marcaría el recorrido hasta el ambiente del encuentro.

\* \* \*

Mary se encontraba bordando en la sala de la planta baja junto con su tía y carabina, la señora Jennings, que, a diferencia de ella, hacía un bordado mucho más complejo y estaba concentrada en él.

El contraste entre el color blanco puro de su piel y sus cabellos negros le daba un aire de belleza calma, pero engañaba. Nada en



Mary era calmo.

Miró a la anciana con sus pequeños ojos color azabache compungidos, una de tantas emociones que con ellos podía expresar. No estaba segura de que verbalizar sus pensamientos fuera lo mejor para ella.

Volvió a la labor sobre la que trabajaba y suspiró. Ante el peligro inminente, se sintió tan pequeña como era, tanto que podía perderse en los brazos de un hombre de buena contextura.

Su tía la miró durante un instante de reojo y pareció detectar algo

anormal.

—¿Sucedede algo malo, Mary?

—No, tía, en absoluto —contestó la aludida, mientras jugaba, pensativa, con un bucle de su peinado.

La señora Jennings era muy diferente a ella. Una mujer de cabello níveo y ya muy entrada en años, rondando los sesenta, que no recordaba ni ella misma cuándo había comenzado a usar su cofia. Como toda persona dada al respeto por las normas, solía cumplir con los protocolos y las buenas costumbres, y le horrorizaban las

conductas de quienes no hacían lo mismo. A lo largo de los años se había habituado, aunque no dado su aceptación, a la conducta a menudo irreverente de su sobrina, por la que, pese a todo, sentía un cariño profundo.

Fue en aquel escenario en donde un sirviente las interrumpió con un recado del señor Bannerman: decía que quería ver a su hija en el despacho.

La ventana alta y delgada de la sala había permitido ver a Mary, unos minutos antes, la llegada del doctor Aldridge en su caballo. En aquel momento le había llamado la

atención que hubiera venido sin estar acompañado de Charles Aldridge, ya que padre e hijo acostumbraban a visitarlos juntos.

Al recibir el mensaje de su padre, no pudo evitar ponerse inquieta. Su mente, dada a las especulaciones por naturaleza, ya había tejido los hilos necesarios para entender lo que estaba sucediendo. Usó sus manos para alisar con rapidez el vestido, intentando quedar decente mas no linda, y bajó a paso apurado las escalinatas hacia el despacho de su padre, deseando con toda su capacidad para desear que no se

tratara de lo que ella estaba suponiendo.

Cuando Mary entró a la habitación donde Henry la esperaba, este le sonrió de oreja a oreja. La última vez que lo había visto así había sido en aquellos tiempos en que pensaba que iba a tener un hijo varón, un heredero luego de tanta espera. Pero aquel había sido el comienzo de largas jornadas de amargura, ya que tanto su esposa como el niño habían muerto en el parto.

Los ojos negros y pequeños de Mary miraron a los de su padre, intentando escrutarlo. Los de él se

parecían mucho a los de ella en su aspecto físico, pero las ideas que transmitían no eran, por norma general, las mismas. El señor Bannerman era un hombre autoritario y pragmático, poco tendiente a las emociones. Su hija, por el contrario, había nacido como un manojo de nervios, ideas locas y pasiones voluptuosas.

—Padre... me has en... enviado a llamar.

Odiaba escucharse cuando comenzaba a tartamudear. Casi nunca lo hacía, pero en los momentos en que sus pensamientos

estaban dominados por sus miedos, sus palabras se entrecortaban y sentía que le atragantaban.

—Mary, voy a ir al grano. El doctor Aldridge acaba de presentarse aquí pidiendo tu mano. Le he dado mi aceptación.

—Oh, padre...

—Espera, hija. Antes de que sigas hablando debo aclararte unas cuantas cosas.

Mary tomó asiento y su padre lo hizo junto con ella.

—Mi situación económica no es la mejor. Los negocios no están yendo bien. Estamos pasando por

malos tiempos. Sé que él te dará todo lo que yo no sé cuánto tiempo más podré asegurarte.

Mary miraba sin mirar, como si su alma hubiera escapado de ella. ¿Estaba allí todavía o su padre estaba hablando a otra persona?

—No te lo he querido decir antes para no preocuparte, pero considero que ahora es muy importante que lo sepas. Es necesario que lo tengas en cuenta a la hora de sopesar la propuesta de este caballero.

Mary nunca hubiera imaginado que su padre se encontrara en



problemas financieros. Había sido muy hábil a la hora de ocultarlos. Era diestro muchas veces para esconder lo que pensaba y sentía, cualidad que ella no había heredado.

—Por otra parte —continuó Henry Bannerman— este hombre es un caballero. Jamás ha protagonizado un escándalo ni se ha metido en problemas. Parece ser único en su especie. Llevo mucho tiempo sin conocer a un hombre de tal seriedad. Es discreto y está bien posicionado. Estoy seguro de que es, como su padre, un hombre de ley.

Cuando Mary volvió en sí, descubrió que su padre había terminado con el monólogo.

"Será un hombre de ley pero es más aburrido que una lechuga", pensó.

La sonrisa se había desdibujado en el rostro de Henry Bannerman. La noticia no había sido recibida por su hija con la alegría esperada, y no necesitaba observarla demasiado para saberlo.

—Mary, trata al doctor con mucho respeto —dijo Henry, casi en tono de amenaza. No la señaló con el dedo, pero sus palabras sí lo

hicieron.

—Lo haré, padre.

—Y... Mary... ten en cuenta que ya tienes veinte años. Es hora de que consigas un buen marido. Sabes que tu futuro como solterona no sería agradable. De no casarte con Ernest, es probable que me vea obligado a enviarte con la familia de tu tío de Kent en poco tiempo.

Se habían pronunciado las palabras mágicas para tensionar sus nervios. Le había dicho "futuro" y "solterona" en una misma frase, y con una entonación que sonaba como una sentencia.

A pesar de su edad, no se sentía como una solterona. Su padre observaba siempre las situaciones bajo una luz diferente.

—¿Tienes algo más que decirme, padre?

El tono de Mary era gélido, y a Henry no se le pasó por alto.

—No, hija. El doctor Aldridge te está esperando en el jardín. Pensé que te gustaría recibir allí su propuesta.

La joven se levantó sin hacer ni una mueca de sonrisa, y su mirada oscura, de haber tenido magia, hubiera dejado a su padre

petrificado.

\* \* \*

Mary se dirigió, intentando ralentizar el paso lo más que podía, hacia el sector posterior de la propiedad, donde el doctor aguardaba por ella.

Lo escarbó con la mirada, aprovechando su distracción. Ernest tenía cuarenta años, pero también un carácter tan ceniciento que parecía haber pasado las cinco décadas. No asomaba una pizca de pasión por ningún lugar.

En realidad, Ernest Aldridge era

el último caballero en el que hubiera pensado para compartir su vida o su dormitorio.

Ya casi estaba en el jardín. Abrió la puerta lo suficiente como para poder pasar y bajó los pocos escalones que la separaban del caminito adoquinado. El banco donde su pretendiente la aguardaba se encontraba al fondo. Ella debía cruzar el sector a lo largo para llegar allí.

Tenía la cabeza gacha pero podía sentir su mirada tendida sobre ella, lo que solo contribuía a alargar el sendero que los separaba. Aun así, caminó decidida, con paso rápido y

poco delicado, como lo hacía siempre. A su padre nunca le habían gustado sus maneras, que etiquetaba de casi violentas, y que la buena educación recibida no había podido atemperar.

Los rizos negros, que tanto le costaba armar dado que sus cabellos eran lacios, caían sobre parte de la frente y las mejillas de Mary, mientras el resto de su cabello permanecía recogido de modo elegante. Sus ojos se hicieron aún más pequeños al observar a Ernest con algo de rabia, que esperaba que no fuera confundida con el fuego de la pasión amorosa.

Su boca carnosa no tenía ni un atisbo de sonrisa. Después de todo, era imposible ser más cenicienta que él, por lo que no había ninguna obligación de sonreír.

Se acercaba más hacia el objetivo de su rencor, que reposaba sobre un banco de jardín común trabajado en hierro. Aunque tanto el asiento como el respaldo del banco se curvaban con gracia, el cuerpo de Ernest mantenía la rectitud. Lucía ridículo sobre él. Sus piernas eran demasiado largas, por lo que sus rodillas se veían obligadas a alzarse demasiado.

En cuanto la vio, se puso de pie



con agilidad.

Juzgó los ojos del doctor tan infranqueables y tan fríos que odió que hubiera tenido el descaro de acercarse a pedir su mano. ¿No pensaba ganarse antes su afecto, su corazón? ¿No iba a intentar una mínima ceremonia de cortejo? ¿Iba a venir a llevársela como un mueble bonito más para su casa, para exponerla en su salón? ¿Parecía acaso un mueble? Las ideas se desbordaban de su cabeza como el líquido que se sigue volcando en la copa en la que ya no cabe más y, una detrás de otra, lo único que le decían era que debía

odiarlo.

Allí parado, en frente suyo, mientras intercambiaba su mirada entre su sombrero y ella, Mary se dijo que era tal como lo recordaba. No era desagradable, tampoco era un adonis. Su presencia se hacía notar, eso sí, por ser demasiado alto; pero la gracia no lo acompañaba.

¿Cómo se atrevía a pedir su mano? Ella había mostrado siempre una planeada indiferencia, evitando largas conversaciones y cumplidos con él en cada velada en que coincidían, para que comprendiese que no deseaba su cortejo. Él, por

su parte, nunca había intentado algo parecido a un cortejo.

Ernest la miró recatadamente, y tensó más la posición de su espalda.

Ella sintió temor. Algo reptante le hacía cosquillas; algo a lo que no podía dar nombre le decía que se alejase. Sus entrañas le gritaban que ese hombre era una sombra.

La muerte. Quizás hubiera visto morir a demasiada gente y cada una de esas muertes se le hubiera ido pegando al cuerpo y al alma. Las arrugas en la frente y las comisuras de sus ojos parecían demostrar que

cargaba con el dolor de muchas personas.

Mary se dio cuenta, aunque no lo dejó saber, de cómo Ernest recorría con la vista su vestido anaranjado. Dada su mala suerte, había llegado a pedirle la mano el día en que había elegido el vestido que mejor le sentaba. Su busto, no desbordante pero sí armónico con respecto al resto de su pequeño cuerpo, lucía natural y se perfilaba bien debajo de su escote. Los lazos por debajo de la línea del pecho, a la altura del corte imperio de su vestido, le daban un aire jovial, casi dulce, que era lo opuesto de lo

que deseaba mostrarle.

—Señorita Bannerman... —  
comenzó él.

Su voz no sonaba emocionada.

—Doctor Aldridge...

La de ella, mucho menos.

—Me imagino que su padre ya le  
habrá adelantado algo...

Él se acercó un poco más. Ella  
no quiso evitar su mirada. Eso  
hubiera sido una muestra de  
debilidad.

—No sé si ha sido evidente para  
usted durante este tiempo, pero  
siempre la he admirado...

Ernest parecía buscar en la

mirada de Mary algo que lo ayudara a seguir hablando. Ella no estaba dispuesta a dárselo, de ninguna manera. Lo único que podía disfrutar de aquella escena en la que el infortunio la había puesto como protagonista era el ver cómo ese señor muy maduro y sin talento para el cortejo se esforzaba en buscar términos con los cuales confesarle sus malévolos planes.

—Y es por eso que he decidido pedir su mano a su padre, y ahora le pido a usted que considere la posibilidad de ser mi esposa. Me haría muy feliz si se casara conmigo.

Elevó un tanto la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella. Durante la última parte del discurso se le había filtrado una emoción parecida al temor.

Mary seguía intentando develarlo, pero era imposible; y alargaba el silencio adrede, procurando desesperarlo.

Ernest tragó saliva con dificultad y desvió la mirada hacia el suelo. Luego volvió a levantarla, intentando sonreír por primera vez en aquel día.

—¿Y bien, señorita Bannerman?

Los ojos de Mary eran garras que

clavaba en los de él, como si con eso solo pudiera hacerle retroceder.

Esa propuesta de matrimonio era muy diferente de lo que había soñado. Carecía de romance, coqueteo y encanto. Era como una comida sin sabor.

Se percató de que el doctor mostraba movimientos leves de impaciencia, como el de su pie, que quería comenzar a golpetear el suelo del camino. Mary se sorprendió, porque nunca había supuesto que él fuera capaz de sentir tal emoción, ni ninguna otra.



—Señorita Bannerman, ¿se siente bien?

Y ella recordó entonces las palabras de su padre. Si no podía seguir manteniéndola, la enviaría a Grand Garden, la propiedad de sus tíos en Kent, y ese lugar era un infierno. Quizás hasta el doctor Aldridge fuera mejor, aunque no se tratara de una gran perspectiva.

Se preguntó si era correcto aceptar ese compromiso solo por el dinero. Era un ser triste, con seguridad interesado en su juventud, deseoso de succionarle los buenos años de vida que a él ya

se le habían ido. Y ella podía ser una mujer desesperada interesada en su dinero. Ese planteo no parecía loco o inmoral. Pero, ¿estaba dispuesta a llegar hasta el final con ese hombre?

Una idea comenzó a tomar forma con rapidez en su cabeza. Le podría dar un buen escarmiento si aceptaba el compromiso y luego le mostraba lo desagradable que podía llegar a ser con él, obligándolo a renunciar a la unión.

Si él rompía el acuerdo tendría que entregarle a cambio una suma de dinero para compensar su "corazón roto". Eso podía sacar de

apuros a los asuntos financieros de su padre durante un tiempo.

Ernest torció apenas los labios, pero ella ni siquiera lo notó.

¿Y si salía mal?

Si salía mal tendría que casarse con él, y conformarse con haber escapado de Grand Garden. También se dedicaría a hacerle la vida lo bastante desagradable como para mantenerlo lejos de ella.

La idea se había asentado en su cabeza y se había hecho casi densa.

Ernest la miraba a los ojos más de cerca. Parecía intrigado. Quizás la estaba analizando como a una

paciente.

Le puso las manos sobre los hombros y la sacudió con firmeza.

—Señorita Bannerman, ¿está aquí?

Ella le respondió resuelta y con una pronunciación clara.

—Acepto su propuesta.

Pero resuelta no significaba alegre ni emocionada, sino solo resuelta.

Él sonrió como no lo había visto sonreír en todo aquel día. Se acercó más aún. Sentía su aliento casi sobre ella y, por la diferencia de estatura, antes de levantar la mirada

pudo hacer una observación detallada de la chaqueta que llevaba puesta. Elegante, de buen corte, gris oscuro: como él.

¿Estaba buscando un beso suyo? ¿Se había vuelto loco? Parecía estar indagando, sin usar la voz, si ella estaba dispuesta a aceptar el gesto. ¡De ninguna manera!

Mary miró hacia un costado y luego se alejó de él, siguiendo un camino diagonal pequeño, interno al jardín, que la llevaba hasta un elegante macizo de forma circular. Al arribar al grupo de plantas ornamentales, se puso a jugar con unas flores amarillas que se

alzaban a la altura de sus brazos.

—¿Está de acuerdo en que vayamos a comentárselo a mi padre?

Ernest perdió su reciente sonrisa y volvió a su estado sombrío. Estaba demasiado lejos de ella para poder tener algún tipo de contacto físico. No podía ni siquiera tomarle la mano.

Mary comprendió que lo había desilusionado y se permitió disfrutar el momento.

Quizás mediante aquel trato el doctor Aldridge comenzara a entender que había roto todas las

ilusiones de una jovencita acerca de un matrimonio dulce y apasionado en un solo día, aquel día; y cometido un grave error desde el momento en que se había presentado en la puerta principal de aquella propiedad con intenciones matrimoniales.

\* \* \*

Ernest fue el encargado de explicar al señor Bannerman que su propuesta había sido aceptada.

Cuando Henry lo supo, se puso de pie y extendió su mano a Ernest, tomando luego la de Mary entre las

suyas. Era él quien más contento se mostraba.

El padre pidió a su hija que los dejara solos para discutir los términos del contrato prematrimonial, asegurando que esos no eran temas que les pudieran interesar a las jovencitas. Lo único que le permitieron decidir fue la fecha de la boda, que se celebraría en un mes y medio. Tampoco había tenido la última palabra al respecto, ya que su primera propuesta había sido que la ceremonia se realizara a los tres meses; pero los dos, su padre de modo mucho más incisivo, habían



insistido en que no hacía falta esperar tanto, hasta que no le había quedado otra opción que aceptar los cuarenta y cinco días.

Mary caviló todo eso mientras recorría las escalinatas hacia su habitación, por primera vez tomada de la barandilla, porque sentía que podía caerse.

Al llegar a su recámara, sintió que los ojos le escocían y dejó fluir las emociones que la estaban consumiendo. Se lanzó a la cama y comenzó a sollozar...

Sintió pavor, miedo atroz de pertenecer dentro de unos meses a

un hombre con el que no compartía nada. Recordó el matrimonio de sus padres, que no tenía un atisbo de alegría ni de amor, y nadaba con melancolía en el mar del respeto. Las necesidades materiales satisfechas no habían bastado a su madre para ser feliz, y ahora la comprendía como nunca antes.

Apretó su almohada deseando recibir un cálido abrazo humano.

Imaginó un grupo de niños corriendo en torno a ella y Aldridge. ¿Cómo se sentiría tener hijos con alguien que no se podía considerar ni siquiera un amigo? La sola idea le hizo retorcerse de asco.

Tenía poco tiempo antes de la boda. Necesitaba convencer al doctor de lo que ella estaba segura: ninguno de los dos sería feliz junto al otro, y en el mundo exterior aguardaban mejores opciones para ambos.

Unos minutos más tarde se calmó, y decidió que ya era hora de dejar de llorar y comenzar a luchar.

Se puso la ropa de cama y se entregó a un sueño reparador, que mucha falta le estaba haciendo ese día en particular, al que le quedaban varias horas que no le interesaba vivir por delante.

# Capítulo II

*11 de Marzo de 1815, 39 días para  
la boda.*

Mary había recuperado el coraje y la energía, y en esa noche se sentía capaz de todo. Se hubiera enfrentado contra el mismo Zeus con la intención de lograr su cometido. El objetivo era claro y no debía permitirse fallar, ni siquiera debía pensar en ello.

En su vestido de seda blanca con lazos de azul ultramar adornando su escote, el dobladillo de sus mangas cortas y su falda; y la mirada teñida

de ilusiones, ingresaba por la escalinata principal a la vivienda de los Wilmington, hogar de su mejor amiga: Julia Wilmington.

La fiesta se desarrollaba en el primer piso, en dos habitaciones conectadas a través de unas puertas de doble hoja que se encontraban abiertas. El lugar tenía un tamaño aceptable y estaba bien iluminado. Para ello, se habían dispuesto cuatro espejos, dos por habitación, adheridos a las paredes. Los espejos eran ovalados y sus marcos, dorados, mostraban unos elegantes motivos de flores. Al costado de cada uno de ellos se

alzaban cuatro velas, colocadas de modo estratégico para amplificar su efecto lumínico.

Los rizos finos caían a los costados de su rostro en muy pequeñas cantidades, enmarcándolo con dulzura y prestancia. Las pestañas, largas, finas y negras como su cabello, le acariciaban los ojos oscuros que brillaban más gracias al reflejo de las velas.

No había tenido todavía ocasión de explicar el plan a su amiga Julia, pero esa noche debía hacerlo. Necesitaba hablar de lo que le había pasado con una dama, alguien

que pudiera entenderla y consolarla y, sobre todo, alguien que le diera ánimos y creyera en ella.

Su padre, su tía y ella intercambiaron saludos con los anfitriones de la fiesta. A los segundos detectó a su amiga entre la multitud, ataviada con un vestido de crespón de color rosa viejo que se robaba las miradas de muchos caballeros, y que representaba con exactitud el gusto de Julia a la hora de vestirse. Su amiga deseaba verse atractiva y podía dedicar gran cantidad de horas a lucir de la manera exacta en la que quería verse.

Julia Wilmington era impactante, femenina en todas sus formas. Sus curvas eran mucho más pronunciadas que las de Mary, y los hombres no podían evitar lanzarle miradas furtivas cuando pasaban por su lado. Tenía veinticinco años y no se había casado porque no había querido.

Julia había relatado a Mary sobre al menos diez propuestas de matrimonio, y su confesora estaba segura de que muchas no habían llegado a presentarse porque su amiga se había encargado con gran ahínco de desalentar a sus perseguidores.



Incluso entonces, con su cabello rubio anudado con maestría en un peinado hacia la parte alta de su cabeza, con cuentas y lazos largos tendidos por aquí y allá, y unas ondas suaves y deliciosas sobre su frente, parecía ser una especie de diosa griega. Sus grandes ojos pardos invitaban a ser mirados, lo quisieran o no.

Al encontrarse cara a cara se estrecharon en un abrazo. Mary no pudo evitar pensar que el escote de su amiga estaba un poco por debajo de lo que marcaban las buenas costumbres, pero aquello no le causó ni un atisbo de asombro.

—Mary, amiga...

Mary creyó notar que Julia intentaba mencionarle algo, sin atreverse. La notó dubitativa, y sabía que esta no era una característica propia de ella. Aun así, la necesidad de comenzar a relatar sus desventuras le causaba demasiada incordia, por lo que no se preocupó por las inquietudes de su amiga.

—Julia querida. Tengo algo muy importante para contarte.

—Sí, Mary. ¡Debes contármelo todo! —fue la respuesta que recibió, pero con una entonación

falta de emoción.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó Mary.

—Ya lo sabe toda la sociedad.

Mary no pudo evitar sentirse incómoda ante esa declaración. Tal había sido el impacto, que las mejillas comenzaron a tomarle color de tomate.

—No me habías comentado nada sobre tu interés en el doctor Aldridge —continuó Julia.

Mary la miró con tristeza.

—Oh, amiga, no tengo ningún interés en él.

Julia abrió los ojos de modo

exagerado, dando la espalda a la gente para que nadie más viera su rostro consternado.

—¡Pero te vas a casar con él!

—Mi padre ejerció demasiada presión sobre mí para que lo hiciera. Pero no lo amo, Julia. Y si él fuera un caballero sensible como el que yo sueño, se hubiera molestado en verificar primero si sus sentimientos eran o no correspondidos. Pero por el contrario... se dirigió al despacho de mi padre y le relató, antes de que yo pudiera desanimarlo, cuáles eran sus planes. Yo nunca hubiera pensado que su interés en mí fuera

tan serio.

Julia parecía estar luchando una batalla interna. Su boca se abría y se cerraba, como si quisiera decir algo pero no estuviera segura de que hiciese bien.

—No te puedo comprender, Mary. Es un hombre elegante, sincero, de buena familia. No hay una causa real para que lo rechaces. Más de la mitad de las jóvenes que se encuentran aquí esta noche pensarían lo mismo que yo.

El tono de Julia sonaba a lejanía, y Mary todavía no comprendía por qué.

—Para mí es un hombre demasiado mayor y aburrido, que siempre me ha causado rechazo, y por eso mismo es que he trazado un plan, y voy a necesitar de tu ayuda.

Julia entrecerró los ojos, como quien no puede creer del todo lo que está escuchando. Parecía molesta.

—¿A qué plan te refieres?

Mary tuvo miedo de ser escuchada por la gente que iba y venía a su alrededor, y bajó el volumen de su voz hasta volver las palabras casi imperceptibles.

—Consiste en que debemos

convencer a Ernest, antes de la boda, de que soy la peor elección que pudo realizar si deseaba una buena esposa.

—Lo que dices es muy extraño, Mary. Sabes perfectamente que un caballero no puede romper un compromiso de matrimonio, que eso le podría causar la expulsión en algunos círculos de la sociedad.

Mary se quedó mirándola con atención, dubitativa.

—Sí, lo sé, pero ha habido casos en los que el caballero ha decidido romper el compromiso de cualquier modo, recompensando a la señorita

herida con una suma determinada de dinero, y quizás logre que Ernest lo haga esta vez conmigo.

El rostro de Julia expresaba una franca desaprobación, y no era necesario estar dentro de su cabeza para poder escucharla.

—¿Me ayudarás? —se aventuró a preguntar Mary, aunque ya estaba casi segura de la cuál sería la respuesta.

—Mary, no apruebo este plan que intentas llevar a cabo, y no me parece que sea justo para con el doctor Aldridge. Sus intenciones son nobles, y las tuyas no.



—Julia... te colocas de su lado  
—dijo Mary dejando ver su  
decepción en la manera sutil de  
arrastrar las palabras, al tiempo  
que comenzaba a batir su abanico  
con nerviosismo.

—No se trata de tomar un bando,  
Mary, solo se trata de que  
desapruebo tu actitud. Si no estabas  
dispuesta a ser su esposa, deberías  
haber rechazado su propuesta de  
matrimonio.

Mary la miró casi con  
resentimiento, y tuvo miedo de  
reconocer las emociones negativas  
que se formaban en ella con

respecto a su amiga.

—Estás juzgando una situación que no comprendes de manera cabal. Mi padre piensa que pronto quedaré solterona, y me amenazó con enviarme con mis tíos de Kent si no aceptaba al doctor. Tú no imaginas lo que es vivir con mis tíos. No lo puedes imaginar...

Julia suavizó la mirada.

—Nuestra residencia no es el hogar más feliz de Londres, pero es tan alegre como una feria si lo comparas con las residencias de mis tíos.

—De acuerdo, Mary, ahora te

comprendo mejor. Pero...

—Necesito que me ayudes a pensar en cómo puedo desilusionarlo.

Julia parecía estar sopesando la situación.

—¿Qué has pensado para ello?

—Todavía no he pensado en nada concreto. Creí que me ayudarías a pensar en ello. Veamos qué se me ocurre... veamos qué se me ocurre —repetía Mary con la mirada puesta en el vacío, como quien ha abierto un baúl en su mente y está rebuscando, pero no encuentra el objeto perdido.

Mientras tanto, un hombre mediano y de paso metódico y rítmico, ataviado según las últimas tendencias, pasó frente a ellas, llevándose la mirada y la concentración de Mary con él.

—¿Quién es él? —preguntó Mary, absorbida por nuevos pensamientos.

—Sé que es uno de los músicos que contrató mi padre esta noche. No me lo han presentado. ¿Por qué? ¿Te parece interesante?

Mary sintió que le ardían las mejillas, y no estaba segura de pensar en voz alta estando su amiga

al frente, mucho menos si tenía en cuenta la conversación que acababan de mantener, en la que ella ya figuraba en la mente de Julia como una villana malvada.

—Me parece muy apuesto, de un modo que no sé describir... — respondió Mary.

—¡Oh, Dios! ¡Eres tan extraña!

Julia se rió con esa risita graciosa de volumen bajo que tanto la representaba.

—Mary, debes olvidarte de ese caballero. No es de nuestra clase. No tiene ni una mínima fortuna. Tu padre jamás aprobaría un enlace

con él.

Mary lanzó un hondo suspiro.

El encuentro con el desconocido y atractivo personaje le costó caro, porque no la puso en aviso de que su admirador se estaba acercando, ni de que casi las había alcanzado.

El tono de las mejillas de Mary se inflamaba otra vez. ¿Cómo se podía ser tan desagradable sin haber comenzado siquiera a hablar?

—Señoritas... es un placer encontrarlas esta noche.

Ernest lucía vestido con rectitud. Su abrigo y su pantalón eran negros, como de costumbre, y su chaleco

exponía un gris con un brillo leve. El pantalón, que le llegaba hasta las rodillas, era de muy buen corte; y las medias negras lo hacían lucir elegante, pero también, dada su contextura tan alta y delgada, demasiado alargado.

Mary se encontró a sí misma prestando atención a las manos de aquel hombre, con esos dedos enguantados tan extensos y finos. ¿Qué haría a sus pacientes con esos dedos? ¿Les servirían para ser un buen pianista? Mary amaba el pianoforte.

—Muy amable, doctor Aldridge. Nosotras también nos alegramos de

encontrarlo —dijo con efusión Julia, que dejaba entrever, aunque no quisiera, que sus sentimientos hacia Ernest eran diferentes a los de su amiga.

Mary no expresó nada, porque le pareció que cualquier cosa que dijera sería falsa, y que no podía decir lo que sentía de verdad.

Fue en aquel momento cuando se planteó por primera vez la posibilidad de que su mejor amiga llevara mucho tiempo enamorada de quien ahora era su prometido. Si rebuscaba en sus recuerdos, en múltiples ocasiones había sido



testigo de cómo hacía referencia a él con profunda admiración. Lo único que había impedido a Mary darse cuenta de los sentimientos de su amiga había sido su prejuicio hacia el doctor, el hecho de que no cupiera en su cabeza que una mujer pudiera estar enamorada con pasión de alguien tan gris. Pero ahora, sin las vendas, lo veía con claridad. ¡Julia estaba enamorada de Aldridge! Eso significaba una sola cosa: que todo amenazaba con ponerse mucho peor.

En el camino de la lucha por la felicidad también podía perder a una amiga, que era todo el sostén

emocional que tenía en esos momentos.

Ernest entregaba el verdor de su mirada, como un lago calmo, a su prometida, que escondía sus ojos de él, dirigiendo su atención al grupo de gente que bailaba.

Julia, por el contrario, tenía dos estrellas en el rostro dirigidas a él. También movía uno de sus pies al son de la contradanza que sonaba. Quizás ella no se diera cuenta, pero era evidente tanto para Ernest como para Mary.

Fue él quien rompió el silencio que comenzaba a molestar a los

tres.

—Por favor, señorita Wilmington, comparte este baile conmigo —dijo Ernest en tono cortés—. Me gustaría bailar la próxima pieza con la señorita Bannerman, si ella me acepta.

Julia clavó en Mary una mirada feroz.

—Acepto, doctor —contestó Mary con un leve contacto de miradas, porque las normas de cortesía le impedían quedarse callada.

Mientras Julia y Ernest se retiraban hacia la pista de baile,

seguía sintiendo los ojos de él, que dolían como piedras arrojadas contra su rostro. Le molestaba su hablar lacónico y sus maneras controladas. Le irritaba el hecho de que él no se hubiera preocupado por ser correspondido en sus sentimientos antes de pedir su mano. Y la molestia era tan incendiaria que casi tenía una sensación física de odio ardiendo en el pecho y en la cabeza.

De repente, mientras su pie derecho subía y bajaba dando golpecitos al suelo, consumida por los nervios, se le ocurrió una idea para huir de él aquella noche: se

perdería en un lugar de difícil acceso y visión antes de que terminara el baile que Ernest compartía con Julia.

\* \* \*

Mary logró encontrar un refugio de las miradas tras una serie de altas y hermosas plantas decorativas que se encontraban circundando la retaguardia de la banda de música.

Era un escondite perfecto. No le había tomado demasiado tiempo descubrirlo. Desde allí podría disfrutar con placer de las melodías

y no sería vista, ya que no solo se encontraba en un lugar algo apartado de la pista de baile y sus alrededores, sino que las plantas de anchas y alargadas hojas la cubrían casi totalmente. Pero por si las cosas no salían como lo había planeado y alguien se acercaba lanzándole preguntas, ya tenía pensado decir que se había apartado porque no se estaba sintiendo muy bien.

Consideró al lugar un gran hallazgo por todos esos hechos, pero también se percató de que lo era por la excelente vista que le daba del caballero músico que

había admirado a la distancia tiempo antes, y que había resultado ser un pianista.

A ella, amante del piano, le parecía que la música que ese hombre ejecutaba era como debió haber sido la del cazador de ratas de Goethe<sup>[1]</sup>. ¿Acaso ella era una niña seducida por los cuentos dorados que parecían cantar esas manos? Se perdió en el tiempo y en el espacio, olvidó dónde estaba y quién era, y solo pensó en ese hombre y el movimiento de sus manos y brazos, y la manera en que todo eso sincronizaba con la música que sonaba, que si bien era

producida por él y dos músicos más, un flautista y un violinista, para ella estaba compuesta por las notas solitarias de un piano.

Veía caer los rizos negros sobre la frente y la nuca de ese hombre al tiempo que se movía con levedad al son de lo que tocaba y se sentía extrañamente atraída hacia esa cabeza. ¡Su rostro era tan especial! Ella sabía que no era una belleza clásica, ¡pero sus rasgos eran tan armónicos en su composición total!

Su complexión musculosa se hacía evidente aun debajo de sus ropas. No era un hombre famélico sino un hombre fibroso, cuyo



cuerpo sabía rellenar muy bien las prendas que usaba. El elegante chaleco blanco y el abrigo negro lucían de maravilla sobre su torso; y el pantalón, que se ajustaba a las formas de sus piernas y que terminaba abotonado con firmeza en sus tobillos, negro también, marcaba los destacables músculos de sus piernas flexionadas.

Se sentía perdida en esa visión encantadora, pero como ningún sueño es eterno, en algún momento debía de terminar. Cuando la pieza finalizó, se dio cuenta de que había perdido noción del tiempo.

Todavía no estaba recuperada del todo de la experiencia cuando el pianista se levantó del pequeño taburete que ocupaba frente al piano. Al ponerse de pie, se hizo patente que ese asiento era demasiado pequeño para él. ¿Cómo hacía para sostener esa musculatura? Para su sorpresa, el hombre se dirigió hacia ella.

Se sintió invadida por una ola de calor que la recorrió desde la cabeza hasta los pies, como una rata a punto de escuchar una flauta mágica.

El pianista se detuvo muy cerca

de ella, más cerca de lo que hubiera deseado.

Se le cortó por un momento la respiración. ¿Se suponía que debía hablar? ¿Qué le diría? ¿Cómo una pesadilla se podía transformar de pronto en un sueño tan agradable?

Los cabellos de aquel hombre lucían un poco desordenados. Esto le daba un leve dejo poético. Sentía que sus ojos negros llameaban. ¿Era posible? A diferencia de los suyos, los ojos de él eran muy grandes.

Se dijo a sí misma que no conocía mucho de sexo, pero que si

un hombre representara la sexualidad, ese hombre debía de serlo.

—Señorita... ¡Qué lugar más extraño ha elegido para ubicarse! Permítame presentarme, ya que no creo que me sea posible encontrar a alguien que lo haga por mí. Soy John Ashtown, a su servicio —el extraño que ahora tenía nombre se inclinó, y sus rizos hicieron un gracioso movimiento en el aire junto con él.

Mary se sentía muy feliz. El pianista, que se llamaba John, le estaba sonriendo, y tenía los dientes más bonitos que hubiera visto

alguna vez.

—Mary Bannerman —fue todo lo que atinó a decir, porque las palabras salían de ella sin que las controlara muy bien.

El hombre lanzó otra sonrisa que se le desbordaba del rostro.

—¿Se encuentra usted bien? Este lugar está muy apartado de la verdadera fiesta.

John clavó en ella una mirada depredadora y sensual, que Mary sentía que no podría resistir por mucho tiempo sin echarse a correr. Nunca se había topado con un hombre que la desnudara con los

ojos. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo caminaba con tanta presteza por esa cuerda floja entre lo decoroso y lo indecoroso?

—Me encuentro bien.

No tenía intención de revelar más sobre sus intenciones o sus planes.

—La invitaría a bailar si no fuera porque soy un pésimo bailarín...

Sus ojos en ningún momento dejaban de estar sobre ella.

—Lo comprendo —contestó ella al tiempo que veía cómo él concentraba su mirada en sus

labios, y sintiendo que iba a desfallecer allí mismo si no salía de ese círculo que se había trazado alrededor de ellos, que los estaba envolviendo y que, como un aro de fuego que iba avanzando, devoraba el espacio que los separaba.

—Además, debo decir que no sé si podría tomar solamente un baile con usted y dejarla, y quizás podría perderme las piezas que debo interpretar. Eso afectaría mi reputación como músico... me entiende —explicó John con una sonrisa ladeada, pícara, que le encantó.

Ese hombre estaba intentando

seducirla, era evidente, y aunque ese estilo tan agresivo de coqueteo normalmente no le habría gustado, en ese momento le estaba anulando la razón.

Mary hizo lo que creyó que era lo mejor que podía hacer por los dos: desviar el tema de la conversación.

—Ejecuta el piano con gran maestría. Lo felicito.

Fue todo lo que pudo pronunciar para romper el silencio.

—Muchas gracias, Mary.

¿Cómo se atrevía a llamarle Mary? De verdad que era muy



atrevido, aunque podía disculparlo por no tener la misma educación que ella. Después de todo, como le había dicho Julia, era de una clase social inferior. Quizás no había tenido quién le enseñara las normas más básicas de etiqueta.

La quitó de su ensimismamiento con rapidez.

—Me imagino que toca el pianoforte. ¿Le interesaría mejorar su ejecución? Podría darle clases en su residencia...

—Tengo algunos conocimientos de música, sí. Tendré en cuenta su propuesta.

A Mary no le parecía nada elegante reconocer que era excelente tocando el pianoforte, por lo que no lo hizo. También se dijo a sí misma que, para ser justos, no lo hacía ni la mitad de bien que él. Ese hombre podía emborrachar al mismo Dios con esa música.

—Me encantaría escucharla.

Mary no supo qué contestar a aquello.

—Quizás...

La magia se rompió. Vio a su padre divisarla desde lejos. La había descubierto. Se dio cuenta de que era el momento de marcharse.

Si su padre la encontraba con ese caballero, la noche se haría dolorosa y larga para ella.

—Debo retirarme, señor. He tenido una agradable conversación con usted.

"¿He tenido una agradable conversación con usted? De repente te has vuelto dulce", se decía Mary, destilando ironía, para sí.

—Espero volver a verla pronto, Mary —le respondió John mientras ella se marchaba, con los ojos humedecidos y negros como una noche sin luna.

—También yo —contestó ella, y

huyó rápidamente de la escena.

\* \* \*

Ernest no veía la hora de que terminara aquella pieza, que ya era la segunda del conjunto. La mirada a veces alegre, a veces anhelante, y la mayor cantidad de veces tímida de Julia lo incomodaba mucho. Se sentía como un lobo entrando a danzar a un gallinero. Percibía las esperanzas que Julia tenía puestas en él y le guardaba cariño, pero como a una amiga, como a la hermana que le hubiera encantado tener.

Era atractiva y era buena. Tenía conversaciones inteligentes y se la hubiera recomendado como esposa a cualquier amigo, pero no era la mujer que quería en su residencia en Bartholomew Lane. La mujer que necesitaba en su vida era Mary, la llena de vitalidad y la poco cariñosa Mary.

—Doctor, me he divertido mucho. ¡Se lo agradezco!

—Yo también, Julia, gracias por concederme el baile. Es usted una talentosa bailarina.

Julia le escondió los ojos y lanzó una sonrisita avergonzada.

Ernest le ofreció el brazo y Julia se lo tomó. Así, comenzaron a alejarse de la pista de baile.

Al descubrir que Mary no se hallaba donde la había dejado, comenzó a buscarla con la mirada por todo el salón. ¿Habría aceptado un baile con otro caballero?

—La señorita Bannerman me había prometido este conjunto. ¿Dónde se encuentra?

Se acercaban al lugar donde había encontrado a las dos jovencitas, pero su prometida ya no estaba allí.

—Quizás está huyendo.

La voz de Julia sonó muy bajo, y en un momento Ernest pensó que podía haber sido la brisa, o un fantasma que pasaba por allí.

—¿Cómo? —preguntó para cerciorarse de que había escuchado bien.

—No se ofenda, doctor.

Julia estaba evaluando si continuar o no con el discurso.

—Le considero un amigo y no entiendo por qué guarda esperanzas con ella. Ella nunca le ha dado esperanzas.

—Es una decisión bastante razonada y, no sé si lo sabía —

Ernest se acercó un poco más a Julia y bajó la voz—, pero hace unos días me ha dicho que sí cuando le he propuesto matrimonio.

La sonrisa de Julia se apagó. La de él también duró muy poco ya que, al observar la reacción de aquella mujer a la que consideraba su amiga, entendió que la línea elevada de su boca no era acorde al momento.

—¿Está seguro de que es una decisión razonada?

La pierna de Ernest comenzó a temblar de manera insistente y entonces comprendió que se estaba



poniendo muy nervioso. Su pierna siempre lo delataba. ¡Diablos!

Barrió otra vez la pista con la mirada, y encontró la seda blanca de Mary meciéndose en el otro extremo del salón. ¡Qué bella estaba!

¿Su rechazo era una treta para ganar su corazón? ¿O en realidad lo detestaba con saña?

—Allá está la señorita Bannerman.

—Doctor...

Ernest no la dejó continuar.

—Discúlpeme, Julia.

Con paso lento y resuelto, Ernest se dirigió hacia donde se encontraban Mary y su padre.

Notó cómo las voces se iban apagando a medida que se acercaba, en lo que parecía ser una discusión cuando uno se encontraba a la distancia necesaria para escucharlos.

El padre de Mary se alejó un poco de ella. Parecía que intentaba no verse amenazador.

Henry Bannerman cedió espacio a Ernest para acercarse. El doctor

saludó al padre y se dirigió luego a la hija.

—Vengo a reclamar el baile prometido, señorita.

Ernest no mostró una sonrisa, ni siquiera un boceto de ella. Tendió el brazo a Mary y esta lo aceptó con una actitud que parecía demostrar poca alegría, ante la evidente mirada de reproche de su padre.

Se acercaron a la pista y comenzaron a bailar un *reel* escocés. Los movimientos de ella eran limpios, casi perfectos. Era una excelente bailarina.

Él la admiraba mucho, por eso y por muchas otras cosas. ¡Si pudiera contagiarse de algo de esa vitalidad! Y podía bailar bien aunque no le agradara el caballero que la acompañaba, como sucedía en ese momento, aunque a Ernest no le gustara reconocerlo. Él era un desastre para el baile y para muchas actividades en las que ella era muy buena, como la música y el encanto.

Ernest no podía más que estar estupefacto, aunque ya habían bailado muchas veces y aunque ella siempre lo hubiera tratado con el mismo desánimo. No podía dejar

de admirarla. Su fuerza, su vigor, su energía y su belleza eran una combinación demasiado irresistible para él. Cada poro de su cuerpo parecía emanar determinación. Sabía que era imposible que hubiera estado en una guerra, pero tenía actitud de combatiente.

Reprimía el deseo de sus ojos de viajar a lo largo y a lo ancho de ella, porque no podría hacerlo con recato y por lo tanto sería mal visto, tanto por quien pudiera notarlo como por ella misma. Esas ganas eran algo con lo que tenía que luchar mientras bailaba, como si no fuera suficiente con sus piernas un

tanto desbaratadas.

Solo podía tocarle los dedos a través de los guantes de ambos. ¿Pensaría Mary, como él, que esa prenda era un impedimento para sentir su piel y se los querría quitar? ¿Era demasiado esperar que lo deseara la mitad de lo que él la deseaba? Estaba casi convencido de que sí. No podía ser de otra forma, si ella no se dignaba ni a mirarlo, y se movía como un reflejo de su memoria; como quien vive el mismo sinsabor una y otra vez, pero se encuentra en otro lugar.

Siguiendo la línea de la mirada de Mary, Ernest descubrió que el

objetivo de su atención femenina era otro hombre: un músico de la banda que, con su piano, colaboraba con la producción de la pieza que estaban bailando.

Una enorme rabia, como un perro gruñón y enojado, le recorrió el cuerpo asentándose en su cabeza. Se sentía rechazado y humillado.

No hubo más contacto de miradas entre ellos hasta terminar el baile y acercarse hacia el perímetro de la pista, donde la dejó sola con una inclinación como único saludo, sin dedicarle ningún otro gesto o palabra.

Por el rabillo del ojo la vio esbozar una sonrisa. ¿Estaba disfrutando su desilusión? ¿Qué tipo de mujer era esa con la que se había comprometido? Lo poco que conocía de ella le encantaba, ¿y lo que desconocía?



# Capítulo III

*15 de Marzo de 1815, 35 días para  
la boda.*

Mary se encontraba en su habitación y llevaba solo una enagua, un corsé y unas medias de seda blancas. Estaba intentando decidir con qué vestido iba a concurrir a la fiesta de cumpleaños de Ernest Aldridge.

Su sirvienta más querida, la señora Martha Mostyn, estaba disgustándose y poniéndose severa. Aquella emoción era de lo más común en ella, tanto así que su

frente había marcado con el paso del tiempo unas profundas arrugas, señalando así su expresión más cotidiana.

Martha había cuidado de Mary desde muy pequeña y la tenía en gran afecto. Se había casado con el anterior mayordomo de aquella residencia, al que había admirado, pero este había muerto hacía poco tiempo, y su hijo mayor, el buen Samuel, había tenido que ocupar el lugar de su padre. Por supuesto, aún no lo hacía tan bien como él, pero algún día lo haría. Tenía toda el aura respetuosa y severa de su padre, y toda la estampa de

mayordomo.

Martha tenía un carácter muy enérgico y rondaba los cincuenta años. Era regordeta pero agradable a la vista, por ser muy escrupulosa en cuanto a su aseo personal. Su voz, aunque inflamada por el enojo, siempre era calma, como si pensara cada palabra dos veces. Le gustaba que su diálogo se escuchara intenso, y por eso mismo solía sonar demasiado anormal, como si estuviera actuando.

Y ahora estaba enojada de nuevo. Mary sabía por qué.

A la señora no le gustaba saber

que la muchachita a la que quería como a una hija, y que estaba pronta a casarse, iba a llegar tarde a la celebración del cumpleaños de nada menos que su futuro marido, el señor de una familia con grandes lazos con los Bannerman. Ambas se conocían tanto que eran casi capaces de escuchar lo que la mente de la otra decía sin que llegara a ser pronunciado.

La joven observaba varios vestidos tendidos sobre la cama, que formaban un alocado arcoíris de telas revueltas en tonos pasteles, mientras seguía cavilando sobre la situación.

Quería elegir el más feo, ese que ocultara todo lo bueno de ella. También quería ponerse las joyas más fastuosas y pesadas que encontrara, mejor aún si caían en lo grotesco. Sin embargo, no había logrado hallar, entre el ropaje y las joyas que por lo regular usaba, algo que se ajustase a sus planes a medida.

Se decidió por un vestido de mal gusto que no se encontraba entre los tendidos sobre la cama, sino guardado en algún lugar. Mary comenzó a revolver con violencia entre las cajas que se encontraban apiladas de manera responsable

sobre el piso de su enorme ropero, y tuvo que abrir muchas de ellas hasta poder encontrar lo que buscaba.

A todo esto, la señora Mostyn parecía aumentar su nerviosismo y se hallaba ya cruzada de brazos, mirándola con ojos que se podrían haber tildado de asesinos, de no haberla conocido a profundidad. El dedo índice de su mano derecha tintineaba sobre el codo del brazo izquierdo en el que se encontraba.

Mary conocía muy bien a la mujer, y por tanto no le prestaba mayor atención.

Se incorporó y levantó un vestido en el aire, para observarlo a lo largo y apreciar cómo caía. Se lo asentó sobre el cuerpo y se dirigió al espejo. Se miró en él y comenzó a apreciar como luciría con ese atuendo, haciendo un ejercicio de imaginación mientras giraba un poco hacia ambos lados.

Odiaba ese vestido. Era de un amarillo demasiado vibrante y muy recargado de adornos, sin detalle de elegancia ni de personalidad. Tenía un corte pasado de moda y lo peor de todo era que escondía su busto, ya de por sí no muy prominente, y le hacía lucir como

un tablón, un tablón amarillo.

Cuando la señora Mostyn entendió que su querida Mary pensaba ponerse aquel vestido, su rostro se contrajo como si acabara de ver a un monstruo marino.

—Mary, creo que ese atuendo no es adecuado para una noche tan importante como esta —sugirió Martha en el mismo tono calmo, aunque no relajado, de siempre.

La joven dedicó a Martha una breve mirada, en la que le daba a entender que la había escuchado pero que no le haría caso.

Pidió a la mujer que le ayudara a



colocarse el vestido que tenía entre sus manos y esta lo hizo, aunque no sin emitir los comentarios sinceros que eran adecuados a la situación.

—Señorita, esto con lo que quiere vestirse no le sienta bien, déjeme decirle...

Mary no respondió nada, y percibió el filo de algo que rozaba la ira en los ojos de la señora Mostyn. Entonces decidió que era justo y respetuoso responder, aunque sus reproches diplomáticos le hubieran estado escociendo desde el preciso momento en que había ingresado en la habitación, urgiéndola a que se vistiera rápido

y se decidiera a verse espléndida.

—Señora Mostyn, es exactamente lo que quiero usar esta noche y no lo voy a discutir.

Se miró una vez más en su gran espejo, ahora con la prenda acomodada a su cuerpo. Estaba complacida. Entendía que se encontraba vestida de manera inadecuada y que todo su encanto físico había sido cubierto y sabía, porque ya había vivido varias temporadas, que no robaría ninguna mirada que no fuera para burla, pero era un precio que le parecía justo a cambio de romper toda

ilusión romántica o sensual que Ernest pudiera tener con ella.

Mary se estaba retirando de la habitación como se encontraba.

—Me marcho...

La posición recta y armoniosa del cuerpo de Martha se descompuso. Hizo un ademán desesperado con las manos pidiéndole que regresara.

—Señorita... pero no la he peinado aún.

Mary resopló. Lo había olvidado por completo.

Entonces corrió a sentarse en el elegante banquillo, que tenía unas

graciosas orlas colgando hacia los costados y se encontraba frente a su tocador, y se observó con rapidez el rostro en el espejo amplio que tenía al frente. Se levantó el cabello con la mano, para probar cómo se vería con un peinado recogido.

—Hazlo rápido. Que sea un recogido con la menor cantidad posible de ondas sueltas. Deseo algo sobrio. Quiero que todo el cabello me quede tendido de manera tirante hacia la parte trasera de mi cabeza.

Mary acompañó sus palabras con la imagen que presentaba frente al espejo, con todos sus cabellos

atrapados en su puño derecho, mientras movía un tanto la cabeza hacia un lado y otro para comprobar por sí misma que no podía verse peor.

—¡Señorita... jamás se peina usted así! —dijo la señora Mostyn confundida y ofuscada, al tiempo que levantaba un peine decorado con piedras preciosas del tocador.

—Eso no es importante, señora Mostyn. Todos cambiamos y yo ahora, a mis veinte años, estoy madurando. Ya es hora; muchas mujeres ya tienen al menos un hijo en sus brazos a esta edad.

Martha no dijo nada más, pero se notaba que casi se mordía la lengua para impedírselo. Hizo lo que se le había ordenado a regañadientes, aunque no muy convencida. Cada vez que quiso poner un detalle estético en el peinado, Mary la detuvo y le dijo que lo hiciera de otro modo. Luego de un tiempo más largo de lo habitual terminó, y el resultado fue algo muy desagradable. No solo era un peinado fuera de moda, sino que parecía que una mano diabólica invisible estuviera tironeando de Mary de los cabellos, amarrándola con fuerza para someterla.

—¡Señora Mostyn, lo hizo perfectamente! —dijo Mary orgullosa, mientras observaba su reflejo y juntaba las manos, feliz, de la misma manera en que lo hacía cuando oraba a Dios.

—Pues a mí no me lo parece —dijo la mujer sin más.

Mary rebuscó con nerviosismo en su alhajero hasta encontrar aquel conjunto de aretes y collar que tanto le disgustaban. Eran unas joyas caras y pesadas, cargadas de perlas en exceso, que nadie podía imaginar sobre una jovencita. Eran más propias para una viuda de al

menos tres maridos. Se las colocó con rapidez, prefiriendo no pedir ayuda a la señora Mostyn, ya que aquello solo causaría una nueva intervención.

Mary entendió que la señora Mostyn no estaba nada contenta y le dijo que podía retirarse.

Martha se fue sin decir más, saliendo a paso veloz de la habitación y dejando traslucir su orgullo herido.

Mary lamentó no poder explicarle todo a la señora Mostyn, pero no solo no entendería su plan sino que tampoco lo aprobaría.



De alguna manera, Ernest era lo que todos hubieran imaginado para ella. La única que podía apoyarla en todo aquello era Julia, que se encontraba dubitativa y tenía sus propias intenciones con Ernest.

Al escuchar los gritos atronadores de su padre provenientes del pasillo quejándose por su tardanza, abandonó de modo presuroso sus pensamientos y su habitación.

\* \* \*

Mary tuvo que soportar, ni bien su padre la observó, que le

dirigiera una mirada amenazante. Le dijo en palabras poco corteses que la había visto mucho más hermosa en todos los bailes anteriores, lo cual era su manera de expresar que no aprobaba su apariencia.

—No me gusta cómo te has vestido esta noche. Siempre te había visto bien arreglada.

—No le gusta porque no entiende nada de moda, padre.

—No seas irrespetuosa.

—No lo soy. Intento explicarle que no estoy desnuda ni disfrazada de cisne. Estoy ataviada con el

mejor vestido de mi madre.

—Ese vestido está pasado de moda, y fue un regalo que le hizo una tía suya con muy mal gusto.

Henry Bannerman frunció la boca.

—Eso cree usted... —dijo ella sin intención de continuar la conversación.

La señora Jennings también mostró su descontento, con una mirada fija y directa, constante y punzante, que significaba que estaba de acuerdo con las palabras de su cuñado. No parecía estar asombrada, pero con seguridad se

estaría haciendo muchas preguntas. En realidad, aquel carruaje nunca había cargado con el peso de un aire crispado por tantos interrogantes.

Pese a que la mirada de su padre continuó hurgándole la conciencia un buen rato, luego se calmó.

El ruido del traqueteo del carruaje sobre el piso adoquinado servía a Mary como marco para sus pensamientos. Su padre y su tía seguían estando frente a ella, en el mismo vehículo, pero llevaban rato sin hablar. Eso le permitía dejar volar su imaginación sin ser interrumpida. ¿Qué cara pondría

Ernest cuando la viera? ¿Dejaría ver algún indicio de emoción? ¿Lo vería por primera vez enfadado, dando muestras de que sí corría sangre por sus venas? El momento se le hacía eterno. No veía la hora de entrar en ese salón de baile.

Si Ernest daba claras muestras de furia, a ella le iba a costar horrores no lanzar al menos una risita. Sí, iba a disfrutar del momento.

Finalmente arribaron a su destino.

La residencia de Ernest Aldridge era una casa de ciudad cómoda,

ubicada en el número 7 de Bartholomew Lane. Contaba con cuatro pisos más un sótano, y era muy amplia. Todos los pisos, a excepción de la planta baja, tenían una línea de tres ventanas rectangulares altas en cada uno de ellos.

Los ojos de Charles Aldridge brillaban de alegría. Se lo veía muy orgulloso de su hijo, como si el desarrollo de este fuera un logro personal. Mary se dijo que era probable que estuviera contento por imaginar que su hijo tendría en poco tiempo una familia formada y sentir con ello su tarea de padre

concluida. Eso que para Charles Aldridge sería un evento memorable y feliz, para ella representaba la puerta de entrada al infierno.

Tanto el padre como la hija fueron recibidos con suprema cordialidad al ingresar al salón de los Aldridge. Primero fueron saludados por Ernest y luego por Charles.

Mary mostraba una sonrisa amplia, pero había en esa sonrisa un dejo de malicia y Ernest pareció darse cuenta. A todo esto, la incomodidad de Henry Bannerman era evidente.

"Quizás se avergüence de cómo luce su hija", se dijo Mary para sí. "Lo lamento mucho por él, pero también ha tomado parte en todo este enredo. Si él no me hubiera empujado yo nunca...".

Decidió dejar todas esas ideas y regodearse con pensamientos más alegres.

Ernest no podía imaginar que el próximo paso de Mary iba a ser una presentación teatral sin igual del personaje de la mujer joven, superflua y codiciosa de alta sociedad. Suponía que a un hombre de perfil tan humilde, tan poco dado



al despilfarro, que parecía tan desinteresado por los lujos, aquello le molestaría bastante.

—Le deseo un feliz cumpleaños, doctor Aldridge —dijo Mary, esbozando una sonrisa casi siniestra.

—Se lo agradezco, señorita.

Ernest se inclinó con lentitud. Sus ojos eran indescifrables y su boca se encontraba en perfecto reposo. Nada hacía creer que podía sonreír.

—Extiendo los saludos de mi hija, doctor. Me complace ver al hijo de mi mejor amigo convertido

en un gran hombre —dijo Henry Bannerman.

—Le agradezco sus palabras, señor —fue la sencilla contestación que recibió a cambio.

\* \* \*

Mary entró al salón de baile junto a su padre y su tía, y fue saludando a los presentes que se les acercaban, que no eran muchos, dado que parecía haberse decidido a espantar.

Henry Bannerman disimulaba muy mal el disgusto que sentía por la apariencia de su hija, tan fuera

de lugar para la ocasión. El reproche durante el viaje parecía no haber sido suficiente para calmar su furia, mucho menos ahora que la veía brillar bajo las luces de gran cantidad de velas, por lo que su vestido parecía aún más estrafalario y amarillo.

Mary atendía a la variedad de jovencitas que se acercaban a ella solo para confirmar con más detalle lo que ya habían apreciado desde la distancia, es decir, que se encontraba desagradable a la vista del observador con buen gusto. También sentía el cuchichear a sus espaldas de otras señoritas que no

se habían atrevido a saludarla y a una que otra matrona. Las damas más jóvenes que ella y menos acostumbradas a la discreción hablaban demasiado alto.

Mientras estaba bebiendo ponche junto a una de las mesas principales, que se encontraba en el lateral derecho del salón de baile, fue atacada por sorpresa por una voz de tono grave y eléctrico. Su traje y su peinado eran perfectos, como siempre. Sus patillas parecían cortadas por un artesano y no asomaba ni una sombra de barba en su rostro. Su camisa y su corbata eran del blanco más puro que ella

hubiera visto en una vestimenta de hombre, y la chaqueta y el pantalón negros le daban un aire muy distinguido.

—Señorita Bannerman... Se encuentra sola...

Esta vez le agradaba la idea de que él se hubiera acercado. Eso la ponía un paso más cerca de la consecución de su plan.

—Así es, doctor. El centro de atención del día de hoy es usted y eso es correcto. Después de todo se trata de la celebración de su cumpleaños.

—Pero a usted suelen rodearle

los muchachos... —le dijo sin ninguna entonación especial, buscando y encontrando sus ojos.

—No está bien que yo lo confiese, doctor, pero sí, sucede siempre. Eso me gusta —lanzó una risita molesta y estúpida.

Mary se dio cuenta de que había sonado antinatural. ¿Él también lo había detectado?

Ernest comenzó a beber ponche con lentitud, como hacía casi todo, mientras le ofrecía más bebida a ella.

—¿Le gustan los muchachos?

A Mary le pareció una pregunta

muy impertinente, pero no podía juzgarlo, dado que su propio comportamiento y declaraciones daban espacio a ese tipo de comentarios, y no podía esperar de Ernest la moderación que ella no le mostraba.

—Me gustan mucho los muchachos, y me gustan jóvenes.

Ernest pareció percibir al instante el dejo de ironía y la intención venenosa de las palabras, porque comenzó a mirarla con mayor atención todavía.

—También me gustan las joyas. ¿Le gustan las joyas que llevo esta

noche? Me encantan las joyas caras, grandes y llamativas —le dijo Mary, sacudiendo el rostro hacia los lados para que las grandes perlas de sus aretes pudieran bailar en el aire.

—Nunca antes la he visto con esas joyas. Esta es la primera vez que se presenta con ellas.

Ernest la miraba con tranquilidad pero sin nada de alegría.

—No me habrá prestado mucha atención anteriormente.

Mary movía las pestañas de manera rítmica, apresurada y exagerada.



—La he observado siempre con atención.

Y en esos momentos también la miraba con la misma atención. Parecía muy sorprendido. La examinaba como quien observa a un espécimen que acaba de descubrir y que ha colocado en un frasco.

Ernest bebía y la miraba, envuelto en ese velo de profunda paz que siempre mostraba al mundo, y que bajo la luz de los ojos de Mary lo transformaba en alguien inmutable e invulnerable hasta el punto del fastidio.

Mary sentía que su personaje se

resquebrajaba, que esa farsa no sería fácil de mantener frente a alguien que sí parecía haberla estado observando por mucho tiempo, algo con lo que ella no había esperado encontrarse.

—Durante la última fiesta lucía espléndida. ¿Qué le ha pasado hoy? —dijo Ernest cortando el silencio, mientras observaba y juzgaba con tono frío.

Era evidente que seguía investigando porque no comprendía muy bien la situación.

—Doctor, eso no sonó nada caballeroso. ¿Qué me ha pasado?

Que maduro, doctor, maduro. ¿No le parece un mal indicio que me esté diciendo que luzco mal, si tengo recién veinte años y no he envejecido? ¿Qué podría suceder después? Quizás no sea una buena idea que se case conmigo...

Lo estaba haciendo muy bien. Había pegado y él estaba por reaccionar. Lo presentía.

Ernest hizo una mueca de disgusto, ladeando la boca.

—No es eso lo que quería decir, señorita. Usted sigue siendo bella, pero hoy ha opacado esa belleza. ¿Qué pasaría si... —Ernest titubeó

dubitativo, y su voz se había vuelto más grave, como si se estuviera por filtrar una emoción— se encontrara con aquel caballero que robó su mirada y atención durante la última fiesta en que nos vimos? ¿Cree que le gustaría su atuendo de hoy?

Mary sintió como si le hubieran quitado un fino tul con el que se tapaba, dejándola desnuda. No podía entender cómo lo sabía, pero él lo sabía. Le fue imposible disimular su enfado, y dejó con violencia la copa de ponche sobre la mesa, al tiempo que lanzaba un suspiro de claro fastidio.

—Doctor, yo no sé a qué se está

refiriendo. No quisiera pensar que es uno de esos hombres que tienen una imaginación tan prodigiosa como para inventarse situaciones que no existen.

Ernest sonrió, con una sonrisa que no dejaba de ser ambivalente.

—No creo que me hubiera sentado bien el rol de escritor, señorita. No soy bueno con los ejercicios de imaginación. Retomando el tema, si por casualidad dicho caballero pasara por aquí, no le gustaría para nada cómo luce esta noche. Y a mí...

Ernest se detuvo mientras ella lo

miraba sin pestañear. Parecía querer extender el final de la oración a propósito.

—A mí no me importa como luzca —concluyó.

Mary lo fulminó con la mirada. Estaba dispuesta a volver a arremeter.

—A mí sí me importa como luzco, y mucho. Le advierto, doctor, que si se va a casar conmigo, deberá tener grandes cantidades de dinero para comprarme muchas joyas.

Se puso a jugar con las perlas de su collar, acariciándolas una a una.

Ernest parecía más atraído por sus dedos que por sus perlas.

—Las mujeres bien amadas por sus maridos no se sienten tan interesadas por esas temáticas.

Mary no pudo entender bien a qué se refería, pero se sintió muy incómoda por el comentario. ¿Cómo pensaba él amarla bien?

Todo el enojo se diluyó en el aire cuando vio entrar al salón al joven de los rizos hermosos de la última fiesta.

John, sí, le había dicho que se llamaba John Ashtown.

Suspiraba en silencio por él,

habiéndose olvidado por completo de la conversación que mantenía con su prometido y de su papel, hasta que sintió el puño de Ernest asiendo con firmeza su mano y colocándosela en su brazo.

Sin saber cómo había sucedido, y por estar flechada por el pianista, Mary había sido llevada al centro del salón de baile por Ernest.

Permitió que toda la repulsión que sentía se manifestara en su rostro.

—Doctor, no imaginaba que fuera un ser tan violento.

Él no parecía dispuesto a ceder.



—Yo no le llamaría violencia, le llamaría firmeza.

—Voy a bailar con usted solo para evitar el escándalo, pero no me gusta nada su trato y le prohíbo que se vuelva a comportar así conmigo en el futuro.

Los ojos de Ernest ardían de rabia y ella la podía ver fluir como lava ardiente hasta depositarse en su corazón. De repente se vio unida a ese hombre por la ira que ambos sentían, como si eso los conectara en ese momento en que sentía tanto rencor que había quitado a John de su mente.

—Cierta firmeza se adquiere con el tiempo, señorita.

—Usted ha de ser un hombre muy firme, entonces, ya que ha tenido mucho tiempo para adquirirla...

¿Habían logrado sus palabras herirlo tanto como deseaba?

—No te imaginas cuán firme — le contestó él apretándole con mucha más fuerza los tres dedos que le sostenía, hasta el punto en que llegaron a dolerle. Entonces se acercó más a ella de lo debido, pero solo unos centímetros, de manera que pocos lo pudieran notar, y cuando el paso de baile le

permitió salvar las distancias con su oído, le dijo con resolución:

—Si estuviéramos solos se lo demostraría.

Mary sintió un calor intenso adueñándose de su cuerpo, sin que pudiera entender qué era. Supuso que era la vergüenza, y puso cara de estar contrariada, mientras Ernest no cambiaba el tono neutro de su rostro.

—Doctor, lo que acaba de decirme es bochornoso. No es nada digno de un caballero.

Se encontraron haciendo la inclinación final con la que

concluía la pieza de baile.

Él se acercó para escoltarla hasta las afueras de la pista.

—Señorita, déjeme preguntarle, ¿las palabras que el pianista le dedica sí son las de un caballero?

Mary sintió odio intenso hacia aquel hombre que se entrometía en su vida privada sin tener más derecho que el del sí que le había dado. Eso no era suficiente. No estaban casados todavía, y no le debía nada con respecto a sus sentimientos, puesto que no se había preocupado por ganar su corazón. Ella nunca le había hecho

una promesa de amor. Solo había aceptado una proposición, como quien se dispone a firmar un contrato.

Finalmente se detuvieron en donde él pensaba dejarla.

—Habla como un señor entrado en años que se muere de celos.

Las palabras no habían sido muy razonadas, sino que habían salido dirigidas como flechas desde el origen de la sangre envenenada que le fluía por las venas.

Después de ello, Mary se alejó lo más que pudo de él, sin ni siquiera dirigirle una mirada más.

Ernest tardó un tiempo en reaccionar y moverse de aquel lugar, pero su rostro no parecía presagiar tiempos de paz.

\* \* \*

El doctor Aldridge se encontraba acodado sobre la barandilla de uno de los balcones que daban al jardín, pensando en todo aquello que le había dicho su prometida.

Sentía cómo la daga del rechazo se hundía profundamente en él, y tuvo una sensación, tan densa que era casi física, de que algo dentro se le había astillado.

Había confirmado esa misma noche sus sospechas iniciales respecto a la estima de Mary hacia John Ashtown, un hombre conocido para él. Los gestos de enfado de Mary al nombrárselo la habían delatado por completo. Le encantaban sus gestos de enfado, y hubiera deseado que fuera cualquier otro el motivo por el que los hubiera expuesto.

Las palabras de la joven habían tenido a cada momento la intención de herir, sobre eso no había lugar a dudas.

Utilizaba la diferencia de edad

entre ambos como una herramienta con la cual golpearlo. ¿Creía que la elegía por ser más joven que él? Nada más lejos de la verdad. Pero hacerle entender que lo que le atraía de ella no era su juventud era algo muy difícil.

Él también hubiera deseado haber nacido después, encontrarse en el mundo con ella en momentos cronológicos más coincidentes, pero eso no era algo que hubiera podido decidir o cambiar y llevaba admirándola, con pasión creciente, cinco años ya.

No sabía si era capaz de conquistar a una mujer así y quizás



por eso mismo nunca lo había intentado. Pensó que era mejor dejarlo para después de que se casaran. Todas sus inseguridades salían a flote cada vez que pensaba en alguna táctica que le permitiera enamorarla. Una gran parte de él le decía que no iba a poder; que era demasiado joven, hermosa y vital para sí mismo; y esa parte solía gritarle que no se la merecía. Esos fantasmas nunca lo abandonaban. Les gustaba mucho el cuchicheo y siempre estaban soplando algún tipo de frase sórdida, todas versiones diferentes de "no lo lograrás".

Suspiró.

Si le hacía saber lo que sentía por ella, saldría muy herido y humillado, y esa era la otra verdadera lucha. Si le exponía el corazón, ella haría de ese espacio su campo de batalla, y él era consciente de que podía hacerlo y de que lo haría con una tremenda crueldad.

Sonrió con tristeza al imaginarla una vez más como una guerrera; sí, una guerrera, eso era. No importaba que llevara enaguas, corsé y vestido amarillento pasado de moda. Siempre estaba en guerra. ¿Acaso no era él también así? Sí,

era alguien que luchaba todos los días contra la muerte.

Ernest salió de su ensimismamiento al observar dos figuras que habían salido de repente de algún lugar y que se movían debajo del balcón, sobre la gravilla del patio posterior de su casa.

Podía ver al hombre que había llegado a paso vertiginoso con una mujer tomada de la mano, y Ernest sabía a la perfección quiénes eran.

# Capítulo IV

*15 de Marzo de 1815, 35 días para  
la boda.*

—Señor Ashtown, ¿qué está haciendo?

John había localizado a Mary entre los invitados de la fiesta y no había tardado en hacerle señas, indicándole un camino a través de un pasillo que los llevaba a la parte posterior de la casa y que les permitía escapar de la vista de los demás. Ella, como si alguien hubiera tomado posesión de su cuerpo y ya no tuviera control de sí

misma, había desaparecido por el mismo camino detrás de él, dándose el tiempo suficiente para asegurarse de que su tía recién hubiera comenzado su partida de *whist*.

—Quería hablarle a solas un momento.

—¡No me ha saludado siquiera, señor! Esto es muy bochornoso.

Ella se sentía avergonzada de verdad. Esta vez no estaba interpretando un papel. Pero luego de haber tenido el descaro de salir detrás de un hombre que había visto solo una vez, ¿tenía derecho a

sentirse así? ¿Era justo juzgarlo a él de irresponsable si ella hacía lo mismo?

Mary sentía arder sus mejillas y sus deseos luchaban entre quedarse con él y huir de allí. Ese hombre le estaba desmoronando la estructura de su idea del deber, que nunca había sido muy fuerte y había llevado a que casi todos la consideraran una rebelde, pero sí había existido en alguna medida.

John se quedó callado por un momento, haciendo el gesto de achicar apenas los ojos mientras la miraba. Mary creyó que estaba muy concentrado, buscando un modo

adecuado de responder.

—Disculpe, es que me alegré tanto de encontrarla de nuevo... ¿Pero por qué se ha vestido así?

John le dedicó una sonrisa de incompreensión.

—Señor...

Mary no sabía cómo explicárselo. ¿Tenía que explicárselo? Pronto sus pensamientos fueron interrumpidos.

—¡Su cabello es tan bonito! ¿Por qué le hizo eso?

Por primera vez en toda la noche, Mary lamentó lucir fea al punto del escándalo. Ella misma, así como

entonces se encontraba, era lo menos atractivo para un hombre que había visto en su vida.

—Es parte de un plan...

John sonrió, ensanchando más la apertura de sus labios.

—¿Para asustar?

—A... algo así.

Mary tartamudeó, y ella sabía lo que eso significaba.

\* \* \*

Ella se veía más bella. Sus rasgos se habían relajado y suavizado. Ernest no acababa de



creer lo que observaba.

Aunque no escuchaba con claridad todas las palabras, sí comprendía el hilo general de la conversación. Buscó esconderse entre las sombras del balcón, de manera que ni la pareja a la que espiaba ni los invitados de la fiesta pudieran verlo, mientras seguía observando lo que sucedía debajo.

Los dos examinados estuvieron un buen tiempo sin decir nada, mirándose sin ningún otro tipo de intercambio.

Luego, como si las hadas de la sensualidad le hubieran hecho

beber de sus pócimas, Mary llevó las manos a la cabeza y comenzó a quitarse uno a uno los cuatro peines decorados con perlas que le sostenían el peinado en alto, dejándolos caer al piso mientras lo hacía.

A medida que la joven los liberaba, los mechones de su cabello negro ligeramente ondulado iban cayendo sobre su frente, sobre su pecho y sobre su espalda.

John Ashtown parecía extasiado de placer. ¿Le estaba viendo brillar los ojos?

Ernest temblaba de furia, en

movimientos que no podía controlar. Ella se había soltado el cabello para Ashtown, para que él y solo él pudiera verla hermosa, y para peor, así lucía. Parecía un ángel femenino que Dios hubiera creado para ser amado. Sabía que John también era capaz de admirar eso. Ni era tonto ni estaba ciego.

Vio acercarse a Ashtown a paso rápido hacia ella, tomarle la cabeza entre las manos y llevarla más cerca de él.

—Ahora sí te ves tan hermosa como eres —escuchó que decía el pianista.

Mary se encontraba atontada. No podía responder nada. Intentaba formar palabras en su mente, pero las descartaba antes de convertirlas en aire en movimiento.

Sus ojos, húmedos, estaban clavados en John y le era imposible dejar de mirarlo. Deseaba mucho que la besara. Nunca la habían besado, pero él, con seguridad, lo haría de modo magistral. Sería un primer beso digno de recordarse.

John, como si hubiera escuchado el pedido silente, depositó sus labios sobre los de Mary, sin

atreverse a ir más allá. Le dejó en ellos un beso casto, un roce sutil en el que las bocas llegaron a sentir la presión de la ajena y hubo un breve intercambio de alientos.

Mary hubiera deseado algo más intenso, pero aun así le pareció embriagador.

—Mary, ¿serías capaz de realizar una sana locura romántica? —le dijo él, arrastrando las palabras y profundizando el tono de su voz.

—Sí, claro que sería capaz...

Ella era capaz de casi todo en ese momento en el que todavía

podía oler el aliento de él.

—¿Serías capaz de mirar las estrellas desde la ventana de tu habitación cada noche pensando en mí? ¿Imaginarte en el cielo mi rostro como lo hago yo contigo?

Si se podía morir de amor debido a una parálisis pulmonar, ella debía estar muy cerca de ese final.

—Sí... lo haré...

—Déjame entonces que te imagine al detalle, que te haga cierta en mis pensamientos. ¿Dónde está tu habitación? ¿Cómo es? ¿Cómo es la ventana?

John le tomó las manos entre las suyas y le besó los nudillos, mientras los rizos le bailaban un poco en el rostro.

—Mi habitación está en el segundo piso de casa y tiene la ventana hacia el fondo, tal como la de mi padre. La ventana de mi habitación es mediana...

—¿Tienes jardín en el fondo de tu casa?

—Sí.

—Si estuviera parado en el jardín, mirando hacia tu ventana, ¿cuál sería? Déjame imaginarlo...

—La de tu izquierda en el

segundo piso.

Él cerró los ojos y pareció estar viviendo una realidad paralela dentro del mundo de su imaginación. Ella se dio unos segundos para hacer lo mismo.

A pesar del peligro más cercano que latente de lo que estaban haciendo, se sentía más viva que en los últimos veinte años.

\* \* \*

Ernest sintió que le corría sangre hervida por las venas y, sin pensarlo más, cruzó a toda prisa el salón, tomando las escaleras que lo



llevarían a la planta baja, y luego la salida hacia el patio trasero de la residencia que llamaba hogar y que tan bien conocía.

Cuando llegó hasta ellos, tenía la respiración acelerada. Se encontraban todavía juntos, tomados de las manos con los ojos cerrados, como si se tratase de un rito religioso.

No se habían percatado de su presencia. Se sintió muy insultado. Se aclaró con fuerza la garganta para que se vieran obligados a escucharlo.

La magia entre John y Mary otra

vez se había roto a causa de un ajeno. Ambos se separaron instintivamente.

Ernest analizaba si debía retar a aquel hombre a duelo. ¿Era correcto correr riesgo de morir antes incluso de haberse casado?

—Señor Ashtown, a la señorita Bannerman le disgustan los hombres que no saben comportarse como caballeros. ¿Le parece que se ha comportado como tal?

La voz de Ernest era muy grave, más de lo normal en él, y dejaba entender su resentimiento. Se escuchaba amenazante.

Mientras miraba a Mary, ladeó la cabeza y la boca en un gesto hostil.

Ella se mantuvo inmutable.

—Aldridge... por favor te pido que guardes silencio sobre esto. No querrás manchar la reputación de la señorita por algo que no es nada. No ha sucedido nada entre nosotros. Solo conversábamos.

Las palabras de John trataban de sonar honorables y convincentes, pero Ernest sabía que eran un nido de patrañas.

—En esta ocasión, tienes mi palabra de ello —dijo Ernest.

Ernest levantó el brazo derecho,

indicándole la puerta por la que debía volver al salón de baile.

—Creo que deberías estar con tu banda, haciendo tu trabajo en lugar de seducir a mi prometida.

Ernest no iba a darles ningún espacio para que permanecieran juntos.

—No es eso lo que hacía, Aldridge.

Ernest se preguntó cómo podía ese hombre ser tan falto de moral.

John suspiró con tristeza, se acercó al oído de Mary y le dijo en tono de promesa:

—Nos volveremos a ver.

Se había atrevido a hablarle al oído de su prometida delante de él. Era algo inconcebible. ¿Se burlaban? ¿Lo estaban disfrutando porque él era el bufón en la historia?

John se fue corriendo, y Ernest esperaba que nadie lo hubiera visto salir ni lo detectara cuando volviera a entrar.

La sangre en la cabeza de Ernest comenzó a serenarse, aunque a paso muy lento.

Se colocó más cerca de Mary y la miró, pero esta vez sus ojos no eran impenetrables, sino que se

veían dos ballestas que apuntaban hacia ella.

—Tus peines están regados por el piso.

Mary parecía enojada de que alguien hubiera roto su rosado y mágico encuentro de amor.

Se agachó y comenzó a levantar los peines con movimientos bruscos, colocándoselos luego con rudeza en el cabello hasta formar un peinado tan aborrecible como el que tenía antes de quitárselos.

Estaba encandilado como un tonto una vez más por la visión de ella, aún allí parada, odiándolo

acaloradamente y con ese peinado infernal, y no tenía idea de cómo hacer para que dejase de pensar en ese otro hombre, que consideraba peligroso para ella y para sus propios sentimientos.

Cuando Mary terminó de peinarse con las manos y los peines como pudo, ambos intercambiaron miradas desafiantes. Ella lucía muy pequeña en comparación a él, pero nada dejaba traslucir que se sintiera así. Su mentón se erguía con firmeza.

—Quiero creer que cumplirá con la palabra que dio el día en que se comprometió conmigo —dijo él.

Mary no respondió.

—Quiero que sepa que yo soy un hombre de honor. También quiero que sepa algo más: ese hombre que la ha encantado, ya lo ha hecho antes con muchas otras mujeres, y es probable que lo siga haciendo después de usted. Es un artista dado a la vida licenciosa. Tenga cuidado, podría quedar no solo soltera y arruinada, sino también herida en sus sentimientos.

Mary se acercó con un gesto virulento al rostro de Ernest para que pudiera escucharla bien. En la situación en la que estaban no era



posible hablar en voz alta.

—No le creo nada y puedo ver con claridad cómo habla su orgullo de gran caballero herido. Usted no tiene interés en mí más allá del que pudiera tener por el cuadro que más le gusta de los que cuelgan en sus paredes.

¿Cómo responder a semejante mentira y demostrar que la acusación era injusta?

La pierna de Ernest temblaba una vez más.

—Déjeme preguntarle, señorita, si ahora tomase su rostro entre mis manos de manera romántica como

él hace, ¿dejaría caer algo de lo que tiene puesto por mí? Creo que no, ciertamente no. Será que no le resulto tan inspirador, por lo que me encuentro asombrado de que juzgue a mis sentimientos de poco profundos.

Ernest observaba a Mary buscar palabras con las cuales responderle, pero en un momento que fue eterno no pudo encontrar ninguna.

—No se le ocurra acercarse a mí —dijo ella sin agregar otra cosa, al encontrarse carente de argumentos.

Él se le acercó mucho más, tanto

como podía sin que se tocaran.

—Dentro de un mes y medio será mi mujer y tendrá que ser mía.

Mary alzó y torció la nariz en un gesto de asco y se fue disgustadísima, con el peinado semiarreglado, caminando con paso veloz hacia el interior del edificio.

Ernest sintió que la rabia de la situación lo desbordaba.

El comportamiento de Mary lo estaba transformando en una especie de patán.

Estaba turbado, enardecido, con la cordura nublada por el rencor.

Armó su mano en un puño y le

pegó a la pared lo más fuerte que pudo. Sus dedos lo lamentarían luego durante varios días.

\* \* \*

Mary permaneció el resto de la velada bajo estricta vigilancia visual de su tía y de su padre; en especial de este último, que se había puesto muy tenso al perder el paradero de su hija durante varios minutos.

Ella lo sabía, pero no le importaba en lo absoluto. Desde la silla donde había decidido sentarse durante el resto de la fiesta miraba

embelesada al pianista, que cada tanto le devolvía la atención, poniendo una gran carga de emociones en la ejecución de su música.

Mary rechazó a los pocos locos que se atrevieron a invitarla a bailar en una noche en la que lucía tan mal que acercarse a ella era casi vergonzoso.

Ernest decidió perderla de vista y se ubicó en el otro lado del salón, donde un grupo de amigos tenía acaloradas discusiones sobre decisiones parlamentarias.

\* \* \*

Julia había estado varios días planeando cuál era el mejor vestido que podía ponerse para la fiesta de cumpleaños de Ernest, y se había decidido por uno muy escotado de color dorado. Dejaba ver gran parte de sus hombros y, lo que era más importante para ella, la pronunciación de sus senos.

Se fue acercando con timidez, poco a poco, hacia el grupo en el que se encontraba Ernest, para poder observarlo desde cerca. Estaba charlando con un grupo de hombres. Lo había escuchado negarse a una pipa que se le ofrecía, lo cual no era sorpresa

para ella porque conocía casi todo de él. Sabía que los hombres solían criticarlo porque se negaba a fumar.

Y se encontraba allí, espiando como si fuera un sirviente. Sentía algo de vergüenza de su propia actitud. Si alguien la sorprendía escondida allí, ¿qué iba a decir?

Lo cierto es que Mary parecía estar fuera de sí, y no valía la pena importunarla en sus pensamientos de ensoñadora de esa noche, que no sabía bien en qué consistían pero intuía que se relacionaban de algún modo con el pianista, solo por cómo se miraban. Y por tanto, si su mejor amiga estaba comprometida

con el hombre que ella amaba y no lo quería, no era tan criticable que ella se preocupara por él. "No, no es nada criticable", se dijo, para acallar algunos susurros de su consciencia.

Observó durante unos diez minutos al grupo que componía Ernest, caballeros mayores que charlaban con buen ánimo. Sin embargo, el espíritu de él no demostraba tal tenor. Estaba allí y comentaba cada tanto una que otra cosa, pero la discusión vehemente se llevaba a cabo entre otros dos señores a los que ella nunca le habían presentado, pero que



parecían muy distinguidos. Ambos se peleaban por convencer al otro sobre el resultado esperado de una decisión que debía tomar a la prontitud el Parlamento.

En un momento, observó cómo Ernest se separaba con cortesía del grupo y se alejaba del salón.

Lo vio alejarse rumbo al balcón más cercano a la sala donde la discusión aún se mantenía a viva VOZ.

Estuvo largo rato pensando si era correcto ir tras él.

Quizás no fuera tan correcto, dado que era una mujer soltera y su

chaperona, su madre, se encontraba lejos de ella, buscándola con desesperación por todo el salón.

Le había costado tanto escabullirse de su madre... ¿Dejaría pasar esa oportunidad?

Y es que de solo pensar en Ernest le comenzaban a temblar las piernas. ¿Y si él se había dado cuenta ya? ¿Y si se daba cuenta? ¿Qué pensaría de ella? ¿Que era una tonta?

Se decidió al fin por aprovechar la oportunidad y acercarse a él. No lo consideraba tan escandaloso, dado que un grupo de caballeros

charlaba cerca de allí y que el balcón estaba bien iluminado por los candelabros que colgaban del amplio pasillo.

—Doctor, ¿cómo está viviendo esta fiesta? —dijo Julia ingresando en el balcón en el que se hallaba él.

Ernest giró y se ubicó de espaldas a la calle, sorprendido por la intromisión.

Julia evitaba a toda costa que sus miradas se encontraran, mirando hacia delante o hacia el suelo, o hacia la barandilla, o hacia sus uñas.

—No sé cómo contestar a esa

pregunta, Julia.

El tono, la forma de hablar pesada y el aliento hicieron que fuera innecesaria más aclaración.

—Creo que ha bebido demasiado...

Las palabras de Julia sonaban compasivas.

—Sí, yo creo lo mismo — contestó Ernest llevándose a la boca el último sorbo de vino que tenía en la copa que se equilibraba entre sus dedos.

Dejó el vaso sobre la barandilla del balcón.

—¿Por qué no está bailando?

Aún queda mucha fiesta —le dijo Ernest, sin prestarle demasiada atención.

—Ningún caballero interesante me ha invitado esta noche.

Ernest sonrió.

—Eso debe ser absolutamente falso. Siempre recibe muchas invitaciones.

—Hoy no ha sucedido eso.

—La invitaría, pero temo por mi equilibrio. No haría más que aumentar el contraste entre lo buena bailarina que es usted y lo pésimo que soy yo.

Julia se dio cuenta de que el

doctor se lamentaba de sí mismo con sinceridad. ¿Sería por Mary? ¿Se habría enterado de cuánto le gustaba el pianista? Ella quería intentar remendar sus heridas.

—¡No es verdad que sea malo! Baila bien...

Julia se permitió mirarlo de reojo durante unos pocos instantes. Se veía muy mal.

—Mediocre... mediocre —respondió él, dándose la vuelta para mirar hacia la calle, como Julia lo estaba haciendo.

Ella quiso cambiar el tono lúgubre de la conversación.

—¿No le parece una hermosa noche? Casi puedo imaginar el perfume de flores en el aire.

Las palabras de Julia eran improvisadas, pero intentaba sonar alegre y romántica.

Ernest lo pensó un poco y con un movimiento limpio del dedo empujó la copa que reposaba en la barandilla, que fue a dar a la calle, haciéndose añicos.

—Las noches hermosas suelen romperse como el cristal.

Julia abrió bastante la boca, en un gesto de consternación.

Ernest, al que quería llamar suyo

y que era siempre tan equilibrado, estaba ese día por completo fuera de sí, al igual que su amiga.

Había pasado algo que ella desconocía.

—Vaya a disfrutar la noche, que para usted aún puede ser interesante. Yo tengo que retirarme porque no se hablará bien de mí si alguien más me ve en este estado. Confío en su discreción. Con su permiso, me retiro a descansar — dijo Ernest despidiéndose de ella y dejándola sola en el balcón.

—Buenas noches, Ernest — contestó ella en un susurro que no



estuvo segura de que fuera audible.

Y por el rabillo del ojo lo vio subir por una escalera ancha que, según suponía, lo llevaría a su habitación, donde buscaría dormir y olvidar.

¿Olvidar? ¿Existía el olvido?

# Capítulo V

*17 de Marzo de 1815, 33 días para  
la boda.*

Henry Bannerman no era un hombre tonto, y sabía que algo andaba muy mal entre Mary y el doctor.

Ella supo, sin que le costase mucho descubrirlo, que la normal indiferencia que siempre había demostrado hacia Ernest se había vuelto evidente ahora que se había transformado en algo más oscuro, parecido al rencor.

Su padre había terminado de

convencerse del problema entre los dos prometidos aquella misma tarde, en la que le anunció que había invitado a Charles y Ernest Aldridge a compartir el té con ellos y recibió de parte de su hija una negativa total a participar.

La discusión había sido violenta, pero no era la primera y contaba con grandes probabilidades de no ser tampoco la última.

Ella nunca tendría el carácter sumiso o templado que era lo esperable en una señorita. Era un león dispuesto a atacar al hallarse en peligro. Sentía un peligro inminente acercándose hacia ella y

se trataba del mayor de los peligros: el de ser infeliz. Por cualquiera de los dos caminos que tomara su vida, ya fuera casarse con Ernest o ser enviada con sus tíos, sería infeliz. Y ahora había aparecido John, que había vuelto más compleja la trama de su desesperante historia.

¿Por qué había aparecido? ¿Por qué el destino lo había puesto allí en ese día, en ese lugar en el que ella estaba? Durante tantos años de su vida no lo había visto y tenía que aparecer justamente en ese tiempo, cuando no podía dedicar sus energías al amor porque tenía que

encargarse de causar lo contrario. La vida creaba bromas macabras.

Todavía le ardía la boca en aquel lugar donde le había dejado un beso memorable. Se había pasado gran parte de la noche anterior recordándolo, reviviéndolo y continuando la historia en su cabeza, haciendo que sucedieran mil cosas entre los dos que no habían pasado y que no estaba segura de que pudieran llevarse a la realidad alguna vez.

—Mary, hija. Abre la puerta, soy yo.

La voz de su padre sonó,

autoritaria como siempre, al otro lado de la habitación. No importaba demasiado si su padre usaba palabras cariñosas o no, su tono nunca lo era.

Mary se levantó con desgano de la cama y abrió la puerta. Solo tuvo que mirarlo para comprender cuál era el motivo por el que venía. Ya debía ser la hora de la gran reunión.

—¿Por qué me buscas, padre?

La mirada de Henry le advertía que no jugara con él.

—Tu prometido y su padre están en la salita verde.

—Ya discutimos sobre esto,

padre. No me interesa participar de tan amigable reunión de té.

Henry suspiró y parecía casi agotado.

—El doctor Aldridge me ha hecho un pedido especial. Me ha enviado con un mensaje escrito para ti.

Mary miró a su padre de reojo, sin poder adivinar si lo había leído o no y mucho menos en qué podía consistir. En todo caso, solo podía desear con vehemencia que si Ashtown era nombrado en alguna parte de esa nota, su padre nunca llegara a leerla.

—¿De qué se trata?

El padre le extendió la mano derecha, en la que se encontraba una hoja de papel doblada a la perfección y lacrada.

—Nosotros seguiremos en la salita verde, por si decides que quieres unirte —le dijo Henry, admitiéndose vencido.

—De acuerdo.

Fue todo lo que ella contestó, porque no quería hacer más largo todo aquello.

El padre de Mary se marchó de la habitación muy apesadumbrado, dejándola a solas.



Ella palpó la textura del papel entre sus manos. Grueso, como era de esperarse, ya que el remitente era de buena posición económica.

Observó los dobleces de la hoja mientras abría la nota. Podían presumir de absoluto paralelismo con los márgenes superiores e inferiores.

La caligrafía lucía masculina y elegante, con las letras juntas y algunos caracteres bastante alargados, ubicados uno junto a otro de modo regular.

*Muy querida Mary:*

*He decidido aceptar la*

*invitación de su padre solo para tener la ocasión de pedirle perdón por mi comportamiento de la otra noche.*

*Le suplico que me dé la posibilidad de presentarle mis disculpas personalmente, asistiendo a la reunión informal que tendremos esta tarde con su padre. Si acepta, buscaré una ocasión para hablar con usted durante el evento.*

*Afectuosamente.*

*Ernest Aldridge.*

¿Qué quería decir con eso de "Muy querida Mary" y "Afectuosamente"? Se dijo para sí misma que por escrito sí que sabía ser bastante hipócrita.

Supuso que no podía ser tan grosera de no aceptar. Se sentiría mal consigo misma y su padre no se lo perdonaría. Después de todo, el caballero estaba pidiendo una oportunidad para pedir disculpas y a nadie se le podía negar tal cosa.

¿Disculpas por qué?

Mientras pensaba en ello, cayó en la cuenta de que el papel de la carta despedía un aroma muy

agradable. Había sido perfumado, sí, perfumado con deliberada intención. Era un perfume masculino. ¿Sería su perfume?

—No parece un gesto muy digno de él. Con seguridad fue idea de otra persona. Quizás de su padre. Quizás no sea ni siquiera su letra —pensaba en voz alta.

Con cuidado, ya que no quería deshacer los perfectos pliegues, cerró la nota y la escondió en un lugar secreto de su cómoda para que nadie pudiera acceder a ella.

Se puso un vestido de tarde, que no era el mejor modelo con el que

contaba pero era bellísimo a comparación de aquel con el que la había visto la última vez. Sonrió frente al espejo al recordarlo.

Se peinó ella misma sin mucha dedicación, procurando no verse ni bonita ni desarreglada, y se dirigió hacia las escaleras que la llevarían a la salita verde.

\* \* \*

Ambos Aldridge se levantaron de sus asientos al ver a Mary ingresar en la sala. Se intercambiaron las inclinaciones de rigor.

Henry se mostró muy sorprendido. La miraba con los ojos más grandes que lo usual. Luego se reacomodó mejor en la silla y lanzó una sonrisa de satisfacción.

Mary cruzó la habitación y se sentó frente a los invitados.

—Nos alegramos de haberla tenido en casa anoche —dijo Charles, que era mucho más jocoso que su hijo, con alegría.

—Para mí también ha sido un gusto ser su invitada —contestó Mary.

Desde ese momento la

conversación discurrió entre Henry y Charles, con muy cortas acotaciones de Ernest y comentarios mucho más cortos aún por parte de Mary.

Sin embargo, tuvo una vez más esa sensación de ser apedreada por esos ojos verdosos, cuyo verdadero color recién ahora se atrevía a mirar o a descubrir. El tono de sus ojos variaba con levedad visto a la luz del atardecer que se filtraba por una enorme ventana. Un tono herbáceo, podría decirse; sí, con unas pintitas amarillas en el círculo más céntrico del iris.

Mary no estaba contenta con el

rumbo que tomaban sus pensamientos pero, como siempre, no los podía detener.

Se estaba preguntando si el perfume era de él. Nunca le había prestado atención a su aroma. Siempre lo había ignorado. No sabía si era su perfume. Le había cerrado todos sus sentidos con inmensa negación. ¿Podía haber surgido de su mente la idea de perfumar la carta? Se repetía una y otra vez que no tenía que pensar en ello, no tenía que pensar en ello. Allí donde él encontrara un espacio cedido o una muestra de debilidad, atacaría.



Su mirada se posó sobre él. Su chaleco era gris y su chaqueta también, pero esta última de un gris mucho más oscuro. "Siempre se viste con colores oscuros o neutros", se dijo ella. Era muy alto. ¿Se vería ella pequeña a su lado? ¿Por qué se preguntaba eso? ¿Cómo los veían los demás cuando bailaban juntos? Ella no era muy alta, por no reconocer que era casi baja.

Y su mirada fue después hacia su cabello, tan diferente al de John, en esos tonos rubios y rojizos que siempre llamaban la atención en el contexto gris, azulado o negro de su

vestimenta normal y rutinaria. Le pareció que sus cabellos también destacaban de modo extraño bajo las luces, siempre misteriosas, del atardecer.

Todas esas ideas le parecieron indignas de referirse a quien era casi un enemigo. ¿Qué le estaba pasando?

Los padres de ambos se fueron alejando, en lo que se notaba que era un plan premeditado para irlos dejando en un ambiente de relativa intimidad.

Y mientras más distancia tomaban los mayores, se sentía más

atrapada y no más liberada. En cualquier lugar en el que estuviera con Ernest sola o casi sola, no estaría a salvo. Él era como una gran lechuza gris dispuesta a lanzarse sobre ella en cualquier momento.

Entonces comenzó a lamentar que su tía hubiese salido a comprar telas una hora antes.

\* \* \*

Henry había logrado, con una larga perorata que no sabía muy bien de dónde había inventado, que Charles se alejara con él rumbo a la

biblioteca, que se hallaba conectada por una puerta con la salita verde.

Allí le hablaba en voz alta de muchos volúmenes de libros comerciales y legales que había adquirido hacía poco tiempo, exponiéndole cuántos tomos le faltaban para completar la colección. Su dedo señalaba aquí y allá, alternando entre los estantes, mientras su boca decía una serie de frases inconexas que no tenían mucho sentido y parecían armadas solo para no permitir que el silencio ganara la batalla.

Parecía que Charles iba a lanzar

una carcajada en cualquier momento, a pesar de que tenía la mano puesta sobre la cadera y una rodilla un tanto flexionada en una actitud de atención muy señorial.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Charles en voz baja.

Y allí fue cuando Henry entendió que estaban dentro de un cuadro muy gracioso.

—No sé muy bien. Estoy inventando algo. No sé tanto sobre leyes.

Henry no pudo evitar reírse, ni Charles acompañarlo.

—Les quieres dar un poco de

intimidación, ¿no es así?

—Sí, por supuesto, Aldridge. Quiero que tu hijo y mi hija tengan ocasión de conocerse y ganarse afecto.

Henry entendió que Charles procuraba escuchar lo que se decían, pero no se recibía ningún sonido proveniente de la otra habitación. Cualquiera que hubiera entrado directamente en la biblioteca habría asegurado que la salita verde estaba vacía.

¿Se estarían besando o ni siquiera se habían dirigido la palabra? Las opciones eran

bastante extremas.

Charles cortó el silencio.

—De acuerdo, sígueme hablando de todas esas cosas inventadas que estabas diciendo antes...

—De acuerdo... —Henry hizo una pausa para aclarar su garganta y continuó—. Este es un volumen editado un año atrás que contiene las interpretaciones de las leyes comerciales...

\* \* \*

Ella no lo estaba imaginando, no. Ese hombre estaba esbozando una sonrisa. Y se le habían formado

unos hoyuelos muy graciosos a los costados de la boca. ¿Siempre se le formaban esos hoyuelos cuando reía? Se dijo a sí misma que eso no era fácil de determinar, ya que no se reía mucho.

Ernest se trasladó, lento pero resuelto, de asiento. Esto le permitiría estar junto a Mary y al mismo tiempo tener ocasión de comunicarse en un tono de voz bajo, audible para ella pero no para los demás.

—¿Esto de las clases de literatura comercial ha sido idea suya? —preguntó ella.



Ernest había tomado una posición encorvada y miraba al suelo mientras mantenía sus manos reposando sobre sus piernas, sin saber bien qué hacer con ellas. Sonrió.

—En eso juro que no tengo nada que ver. Tampoco creo que sea idea de mi padre, dado que él es demasiado... impremeditado.

—Pues lo que están haciendo es muy evidente. Pretenden dejarnos solos...

Ernest no se mostró dispuesto a perder el tiempo con aquel hilo de la conversación, y cambió la

temática.

—Le agradezco que haya venido. Pensé que mi carta no iba a ser suficiente.

—Pues, como ve, aquí estoy... Lista para que me pida disculpas.

—Sí, le quiero pedir disculpas por mi comentario de ayer, mientras bailábamos, sobre la firmeza. Fue grosero, de mal gusto y poco gentil. Espero sepa disculparme. No es el modo en el que me comporto con regularidad y procuraré que mis maneras no la molesten en el futuro.

Mary se sintió desilusionada. ¿Eso era todo por lo que iba a pedir

perdón?

—Me desagradó mucho más lo que hizo después.

—Mary, lamento no poder pedir disculpas sobre aquello. Lo haría de nuevo si fuera necesario, no solo porque es usted mi prometida y quiero que lo siga siendo, sino porque ese hombre la hará sufrir.

Mary estaba triste, pero esta vez, mientras él le entregaba sus ojos francos, con una mirada que ella no devolvía, y con un tono calmo y pausado, con cariño como le hablaría un amigo, estaba dispuesta a escucharlo.

—No acepto sus disculpas, entonces.

El tono de Mary fue frío y decidido.

—De acuerdo —fue todo lo que él contestó.

Tal como lo pensaba, no iba a sentirse muy desvalido ni consternado porque ella le negase su perdón. Era probable que lo de las disculpas hubiera sido solo una trampa para lograr verla, hablar con ella, intentar imponerse y sabría Dios cuántas cosas más que se le pasarían por la oscura cabeza a ese hombre.

Sin embargo, eso no era tan importante. Unas pocas palabras habían quedado haciendo eco en su mente: "ese hombre la hará sufrir".

—¿Por qué asegura usted que John Ashtown me haría sufrir?

Ernest se movió nervioso en la silla, pero sin cambiar la postura general. Lo había herido otra vez con la puntada del rechazo, y se dijo a sí misma que quizás estaba siendo demasiado cruel. Aunque se tratara de un hombre sin muchos sentimientos, en algún lugar debía de tener algunos, y amor propio tenía casi todo el mundo.

—Ya lo ha hecho antes con otras mujeres, y no tengo por qué creer que no lo hará ahora. Ha puesto sus ojos en usted, pero más como un cazador que como un hombre de honor.

Una disertación que no transmitía mucha emoción. Un reporte de periódico hubiera tenido más color.

De cualquier modo, Mary analizó el contenido de lo que le acababa de transmitir. Al poco tiempo espetó:

—Si hubiera manchado la reputación de alguna mujer, un caso tan escandaloso se hubiera sabido

con prontitud en todo Londres.

—Pues ha estado cerca de hacerlo varias veces, y solo los otros pretendientes, los hermanos o los padres de las jóvenes implicadas lo han impedido. Ciertamente que le gustan jóvenes y bastante jóvenes...

Mary entendió que Ernest intentaba devolver parte del golpe que había recibido respecto a la temática de la edad.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

Ernest no tardó mucho en responder, y sus palabras parecían sinceras.

—Es el hijo de un viejo amigo de mi padre. Es el único motivo por el que fue invitado a la celebración de mi cumpleaños.

Mary se estaba cansando de aquella discusión, y quería ir a la cuestión entre ellos dos.

—Doctor, seamos maduros. Hay muchas mujeres en Londres. Veinteañeras solteras e incluso más jóvenes, y la mayoría de ellas estarían dispuestas a casarse con usted, que representa un buen partido.

Cualquier otra señorita o caballero de buenas maneras



hubiera dicho que lanzarle aquella frase era una impertinencia, pero él era bastante extraño, y sonrió ante ello.

—¿Y eso significa que...?

Ernest dejó la frase pendiente a propósito, para que Mary tuviera que continuarla.

—Que no tengo por qué ser yo.

Ernest irguió la columna, apoyando la espalda contra el respaldo de la silla por primera vez desde que hubieran comenzado la conversación. Parecía como si alguien le hubiera tensado el cuerpo.

—Tiene que ser usted.

—¿Por qué yo? —preguntó ella al borde del rencor, viendo en él más resolución de la que le hubiera gustado encontrar.

Lo vio cavilar durante un tiempo, moviendo la cabeza hacia uno y otro lado como un chiquillo que no sabe si es conveniente o no confesar su travesura. Pese al enojo, le causó un poco de gracia aquella actitud, que por primera vez le quitaba años de encima en lugar de sumárselos.

—Es lamentable, pero no me lo creería ni aunque se lo dijera. Pero

sí puede estar segura de que no se trata de su edad, como parece claro que considera usted, dadas las reiteradas afirmaciones que realiza sobre mis años.

Mary lo miró dubitativa, buscando sus ojos.

Él levantó la vista desde un punto invisible de la pared del frente, donde los había tenido, hasta ella.

—No es su edad —le afirmó, una vez más.

Sintió que la mirada de él estaba menos velada, y que aunque no había arrojado las armas al suelo,

sí había bajado los brazos. Ya no estaba luchando y ella tampoco tenía intenciones de hacerlo.

El ambiente entre ellos se había vuelto más íntimo, había más confianza. Quizás no fuera un hombre tan cruel y falto de sentimientos como ella había pensado, aunque sí que era aburrido y desapasionado y eso era insalvable ante sus ojos.

—No le puedo corresponder en su afecto, si es que lo siente —le dijo ella, casi lamentándose de que fuera verdad.

—Ni siquiera lo ha intentado.

Las palabras de Ernest ahora parecían una caricia. Algunas capas de la estatua se resquebrajaban y ella comenzaba a observar indicios de que había debajo un hombre de verdad.

—¿Cómo se puede intentar sentir algo que debiera surgir con naturalidad? ¿Cómo se fuerza al corazón?

Su pregunta era sincera, y hubiera pagado a quien fuera capaz de darle la respuesta, porque ella no se sentía capaz de cambiar la realidad de sus sentimientos.

Ernest se mantuvo pensativo

durante un rato.

—No fuerces al corazón.  
Ábrelo... como se lo abriste a él...

Otra vez ese fantasma de pianista pululaba entre ellos, como si no se pudiera disolver.

—Con él simplemente sucedió  
—respondió ella como si hablara con un amigo y no con su prometido.

—¿Qué? ¿Qué fue lo que le sucedió con él?

Ernest estaba levantando demasiado la voz, y parecía muy necesitado de escuchar la respuesta. Al menos demostraba

que le interesaba algo lo que ella tuviera para decirle, aunque fuera tarde para mostrar esa atención.

Mary temía las consecuencias de una confesión, pero el puente de confianza entre ellos estaba tendido y sintió que él era un buen hombre y que la entendería, y que, en caso de no entenderla, tampoco la juzgaría ni la dejaría en ridículo.

—Que me atrajo, aunque estas no son declaraciones que yo debiera hacer... y mucho menos a usted...  
—le dijo ella.

Ernest suspiró derrotado una vez más, y devolvió su mirada al piso.

—Él le produce sensaciones que no conocía, ¿no es así?

Ella casi podía palpar la resignación en el tono de su voz. ¿Cómo lo había descrito tan bien si los sentimientos eran de ella y no suyos?

—Sí, es así.

Ernest sonrió apenas, pero era más una mueca que una sonrisa, y se encontraba triste.

—Mary, no significa que él sea el único hombre que pueda causárselas.

Ella agrandó los ojos y lo miró azorada.



—Eso es lo menos amoroso que alguna vez escuché. No creo que nadie más pueda causármelas — dijo resuelta, habiéndose callado la aclaración “y menos usted”.

Mary creyó oírlo suspirar.

—Volviendo al tema inicial, no aceptará mis disculpas, entonces...

—Dado que ha sido cortés al escuchar todo esto, aceptaré esas disculpas que me ha pedido, pero no le perdono por lo otro.

Ernest no dijo nada más, y al poco tiempo le informó que tenía que ir a ver a un paciente que se encontraba bastante enfermo. La

saludó con tranquilidad, igual que a los padres de ambos, que aún se encontraban parloteando en la biblioteca, y salió con rapidez, escapando de la situación.

Cuando Mary lo vio marcharse, casi pudo observar los dolores que cargaba sobre su corazón, porque ahora sabía a la perfección cómo se sentía y se veía una persona que acarreaba esos pesos.

# Capítulo VI

*17 de Marzo de 1815, 33 días para  
la boda.*

Caminando con lentitud por la misma calle en la que se encontraba la residencia de los Bannerman, muy pasada la medianoche, un hombre se decía a sí mismo que su capa negra estaba muy bien si quería parecer una sombra de la noche. De haberlo podido lograr, más que una sombra hubiera querido ser una brisa transparente: más libre, más veloz y más discreta, pero no tenía caso pensar

en ello: era imposible ser una brisa.

La entrada al pasaje<sup>[2]</sup> estaba bloqueada por un portón. Esto era un primer obstáculo que ya había imaginado que encontraría, y cuya única solución planeada era un salto habilidoso.

Observó con movimientos veloces hacia ambos lados de la calle. No había nadie. Ni un oficial, ni un vigía, ni ningún transeúnte, ideal para alguien que no debía estar allí tramando lo que tramaba.

Haciendo uso del diseño ornamental del portón, se encaramó a él. Pasó hacia el otro lado

primero una pierna y la otra después, procediendo a saltar desde lo alto. Gracias a su destreza gatuna, cayó bien y se encontraba ya dentro de la residencia. Agradeció su práctica constante de boxeo y caminata, ya que de haber sido un hombre sedentario entregado al piano durante veinte horas al día como muchos artistas similares a él, aquella hazaña deportiva le hubiera sido imposible de realizar, e imaginaba que por delante habría más obstáculos para sortear.

A pesar de la luna llena que brillaba sobre su cabeza momentos

antes y que le había hecho elegir aquella noche para hacer su ingreso ilegal, el pasaje era un túnel oscuro y tuvo que caminar a lo largo de él a tientas, rodeando un carruaje en el proceso de avance hacia la salida.

Al fin llegó al sector donde se hallaba el establo, el gallinero, y parte de la cocina. Agradeció que no hubiera nadie por ahí, hasta que un sonido, que parecía un silbido de viento pero era demasiado fuerte y entonado para serlo, lo hizo maldecir su suerte. Volvió a ocultarse entre las sombras del pasaje, un lugar al que no le gustaba tener que regresar.

Desde allí pudo observar a una forma humana azulada, que suponía que sería un sirviente, ir hacia su retrete. Silbaba alguna canción que, de manera extraña, él nunca había escuchado, pero que si soportaba mucho tiempo más no podría quitar de su mente en varios días. Tenía gran facilidad para memorizar melodías.

Prefirió no mirar al hombre mientras hacía sus necesidades. No era necesario y le parecía un acto bastante innoble, incluso para él.

Cuando el sirviente hubo terminado con su cometido, se fue

por donde había venido, aún silbando en un tono apenas perceptible la extraña canción, hacia el interior de la casa, donde suponía que se encontrarían las habitaciones de servicio del subsuelo.

John dejó salir la bocanada de aire que había tenido contenida en los pulmones. Por el momento, estaba a salvo.

Desde el mismo lugar en que se hallaba, sin exponerse, analizó el muro que separaba aquella sucia región de trabajo arduo de la elegante majestuosidad del jardín. Tenía al menos dos metros de alto.



Se observó las piernas y supo que no serían suficientes. Tenía que encontrar algún modo de trepar la pared, pero parecía ser bastante lisa. No confiaba en tener ningún punto de apoyo que le permitiera llegar al otro lado.

Cuando empezaba a sentirse un completo idiota irreverente por estar ahí, descubrió cerca de la entrada de la caballeriza la forma de lo que parecía ser una escalera. Se apresuró a observar. Debía ser su día de suerte porque sí, era una escalera, y con la altura suficiente como para permitirle saltar el muro que lo llevaría al jardín y... quizás

algo más.

Entonces la levantó, manteniéndola en posición horizontal, y se la llevó hasta el muro. La utilizó para subir a él y, una vez que se encontró montado sobre la pared levantó la escalera haciendo acopio de toda su fuerza y la colocó sobre la gravilla del jardín, asentándola en el otro lado del muro. Se apresuró a bajar por allí.

Tal como había imaginado, no había luz en ninguna ventana. A esa hora todos los integrantes de la casa se hallarían durmiendo, lo cual era lógico.

El jardín era muy bonito, con caminos laterales y otros que formaban una cruz, encontrándose en el centro, donde una cantidad hermosa de flores se amontonaba formando un círculo. Todo aquello se veía en tonos azulados y grisáceos bajo la brillante luz de la luna.

Atravesó la longitud del jardín hasta que estuvo a una distancia prudente de la ventana de la habitación de Mary, destino cuya ubicación recordaba a la perfección, dado que ella misma le había entregado todas las

respuestas necesarias para formarse un mapa mental.

Levantó unas cuantas piedrecillas del suelo de gravilla que se hallaba bajo sus pies y lanzó una hacia la ventana de Mary. Solo arrojaría las otras en caso de no obtener respuesta.

Mientras esperaba ver algún tipo de movimiento, jugaba con los guijarros, pasándolos en el aire de una mano a otra.

Había enloquecido, sí. No podía ser de otra manera.

\* \* \*

Mary no podía cerrar los ojos aquella noche. Daba vueltas en la cama pensando en los dos hombres que configuraban ahora su presente.

Ernest le parecía entonces un buen hombre, pero... no le causaba el torrente de sensaciones que John. ¡Y de John estaba tan segura de estar enamorada! Estaba convencida de haber soñado con él la noche anterior, aunque no lo recordaba bien. Se había despertado sintiendo cierto sabor a felicidad, por lo que el sueño debió haber sido agradable.

Muy diferente era la realidad que

le tocaba vivir. Las cosas no estaban yendo según los planes.

Ernest no estaba desilusionado en la medida esperada. Por otra parte, para terminar de componer el cuadro descalabrado, se había enamorado hasta la perdición de un hombre de las artes, que nunca sería bien visto por su padre y con el que no veía probable que le aprobaran un matrimonio.

Su mente estaba yendo muy rápido. John nunca le había hablado de matrimonio. Solo la había besado.

¿Había sido sutil solo para

hacerla desear? Se sintió avergonzada de sus propios pensamientos impuros, pero debió abandonarlos para fijar su atención en el sonido de una piedrecilla que parecía haberse estrellado contra su ventana.

Se acercó con lentitud, muy atemorizada, y vio que debajo se encontraba John. Tenía atado su hermoso cabello rizado y llevaba una capa, pero bajo los haces de luz de luna era evidente que se trataba de él. ¿Estaba loco? ¿Qué hacía ahí? Cualquiera de los residentes de su casa podía verlo. Si eso sucedía, la vida podía

complicársele demasiado.

El infiltrado le pidió con señas que abriera la ventana, y así lo hizo. Mientras tanto, él arrastraba una escalera que le permitiría trepar al segundo piso, donde se encontraba su habitación. Luego de arribar a la ventana, hizo un salto que lo dejó dentro de la recámara. Le pareció raro que alguien tan musculoso pudiera ser al mismo tiempo tan ágil.

—Hermosa dama... perdón por esta irrupción. Necesitaba verte.

¿Le había dicho hermosa? Esa locura amorosa avanzaba con gran



velocidad.

Por otra parte, ahora lo comprendía todo. Aquello de pedirle que diera señas sobre su habitación había sido un truco, un truco inteligente para obtener los datos que necesitaba para realizar esa visita tan inaceptable como deliciosa.

John había subido tan rápido que no le había permitido ponerse el salto de cama. Se encontraba solo con su camisa de dormir y no sabía cómo taparse. Se sentía casi desnuda, a pesar de que no lo estaba. Agarró una frazada que se encontraba sobre la cama y la

utilizó para cubrirse.

Entonces se sintió incendiada por la mirada masculina.

—¿Tienes frío o tienes miedo? No me dices nada... Me alejaré de la ventana para que no me vean.

Mary corrió, nerviosa, la cortina.

En la habitación solo se podían divisaban sombras, y aun ellas con dificultad. Estaba oscura, dado que hacía un buen rato que Mary había apagado la vela que se encontraba sobre su mesita de noche. No lo veía, sino que lo intuía deslizándose cerca de ella.

—No sé qué es lo que siento,

John... creo que es miedo. Todo esto es muy repentino —susurró ella.

—Lo sé. Lo sé. Tenía que verte —le dijo él, antes de recorrer los pasos que los separaban y apretarla entre sus brazos.

No tardó en soltarla para poder apreciarla, lo que era bastante imposible en aquel ambiente negro como un bosque en luna nueva.

—Te imagino muy bella y sé que lo estás. Puedo adivinarte en la oscuridad —le dijo él.

—John... tengo miedo.

—¿Me temes a mí? ¿A que nos

descubran? ¿A qué le temes?

—Le temo a todo en estos momentos.

—¿Dónde crees que podríamos ubicarnos para que yo tuviera tiempo de esconderme si alguien entrara? Tú conoces tu habitación. Yo casi no veo nada.

—Detrás de aquel biombo — dijo Mary, señalando un rincón cercano a un ropero.

John la tomó de la mano con firmeza.

—Condúceme allá —le solicitó él en voz baja.

Mary sentía que el corazón se le

desbocaba y que el peligro estaba muy cerca. Nunca había tenido tanto miedo y tantas ganas de continuar por un camino al mismo tiempo. Veía a su propia racionalidad saludarla y alejarse, mientras ella se iba de la mano de una pasión intensa. Las ganas de seguir experimentando lo que él tuviera que ofrecerle superaban al miedo.

Como conocía de memoria su habitación, lo condujo con habilidad de animal nocturno hasta detrás del biombo.

—Es aquí.

Él tanteó en la oscuridad en

busca de un muro o un punto de apoyo. Encontró la puerta del ropero y dejó descansar su espalda sobre ella, teniendo a Mary agarrada por la cintura. Luego se fue sentando de a poco sobre la alfombra que cubría el piso, conduciendo a la joven a que lo hiciera junto con él. Cuando llegaron al suelo, colocó a la joven sobre su regazo.

—Me siento extraña.

Mary seguía sujetando con la mano que no le estaba dando a John la frazada que sentía como la única protección entre ellos dos, aunque no valiera de mucho.

—Relájate, no haré nada que no desees.

Mary suspiró y apoyó su cabeza sobre el hombro de John. Él comenzó a acariciarle el cabello, que ahora se hallaba libre y le cubría la espalda.

—Creo que eso no me deja muy tranquila.

—Entonces será que te temes a ti, no a mí.

John rio con picardía, controlando la intensidad del sonido que producía.

—No veía la hora de tenerte conmigo, Mary —le dijo él con una

voz azucarada.

—Yo tampoco, pero no imaginaba cómo podríamos encontrar una nueva excusa para vernos.

—Me alegra saber que no estabas pensando en Aldridge.

—También estaba pensando en él.

—¿Cómo?

—Pero pensaba en él de un modo diferente...

John sostuvo la cabeza de Mary entre sus manos.

—No sé si entiendo. Ese hombre está enamorado de ti, y ese hecho



es claro. La sociedad entera sabe que hace unos días pidió tu mano y que tú lo aceptaste.

—En ese momento aún no te conocía, John.

—Sí, pero me disgusta que esté tan cerca de ti, siempre acechándote.

Mary comenzó a jugar, guiada por el tacto, con los botones del chaleco de John.

—Supongo que él pensará lo mismo de ti.

Mary quería reírse, pero no lo hizo.

—¡Qué graciosa es usted, dulce

dama! ¿Y tú a quién quieres? —se llevó la mano de ella hacia sus labios y se la besó—. La decisión es tuya, Mary.

—Te quiero a ti, creo —sus palabras tenían un tono tímido, mientras seguía jugando con la botonera como una distracción.

Se dio cuenta de que ya no sostenía la frazada, pero no sabía en qué momento la había soltado.

—¿Crees? —interrogó John, arrastrando con dulzura la palabra.

Pudo percibir que la boca de John se encontraba muy cerca, porque su aliento caliente le

rebotaba en una de sus mejillas, y en cuanto menos se hubo dado cuenta estaba inmersa en un beso como no conocía que se pudiera dar, ya no casto como el primero, sino mucho más explorador y osado.

—No tengas miedo de tocarme —le susurraba John entre besos, mientras sus manos reptaban por su cintura y su espalda.

Como si la maldición de mil demonios hubiera caído sobre ellos, escucharon el crujir de la puerta de la habitación al abrirse.

Aunque intentaron mirarse a los

ojos para comunicarse, todo estaba muy oscuro. Se ayudaron mutuamente a ponerse de pie. Mary se apresuró a salir desde detrás del biombo.

La señora Jennings, que sostenía en su mano un recipiente con una vela encendida, la miraba con preocupación.

—Pasé a ver si estabas bien, porque me había parecido escuchar ruidos que provenían de aquí. Pensé que podría haberte sentado nuevamente mal la cena y estar teniendo una mala noche. ¿Qué hacías junto al ropero, Mary?

La mujer movía un poco la cabeza, que se encontraba cubierta por un gorro gracioso con los extremos fruncidos en dobleces apiñados. No se atrevió a revisar el lugar.

Mary hizo todo lo posible por mostrar entereza y pidió a su cerebro una reacción iluminada.

—Estaba cambiándome el camisón, tía. Esto es todo. Usted sabe que la ropa de dormir no es siempre cómoda, y que a veces tengo problemas para conciliar bien el sueño, pero este que tengo ahora es el camisón más cómodo que he

probado y ya estoy en perfectas condiciones para seguir durmiendo. No se preocupe. La cena me ha sentado a la perfección.

La señora Jennings esbozó una sonrisa tierna.

—¡Oh, cuánto me alegro, Mary! Nos asustamos mucho la última vez... Bueno... me retiro para dejarte descansar. Hasta dentro de unas horas, Mary.

—Hasta luego, tía.

La señora Jennings se marchó y cerró la puerta tras ella.

Mary tragó saliva. Habían estado muy cerca de ser descubiertos.

John salió del escondite. Pudo observar frente a ella algunas líneas perimetrales de él. Se movía. Parecía estar acomodándose el chaleco.

—John, ¡lo lamento!

—Yo no sé si lo lamento —dijo él lanzando un suspiro, que ella escuchó con claridad.

—¿Te irás?

—Sí, es peligroso que nos encuentren, pero más peligroso aún si no nos encuentran. ¿Me entiendes, Mary?

—No, no te entiendo —le dijo ella, aunque creía saber a qué se

refería.

John le dio un beso corto que le humedeció sus labios y huyó con rapidez por donde había venido, dejando solo sensaciones de hormigueo en los sitios que antes habían recorrido sus manos.



# Capítulo VII

*22 de Marzo de 1815, 28 días para  
la boda.*

Los días se arrastraban con lentitud desde el último encuentro con John. No habían pasado demasiadas horas, pero la soledad lúgubre de su hogar sumada a la necesidad insatisfecha de recibir noticias de su amado la tenían al borde de la enfermedad nerviosa.

Sabía muy poco de él y no se imaginaba cómo podía generar un nuevo encuentro, cuáles eran los lugares que frecuentaba o en qué

horarios lo hacía. Conocía de John Ashtown mucho menos de lo que hubiera deseado. De haberse decidido a escribir sobre él, no podría haber llenado más de una página. ¿Se había enamorado de alguien que seguía siendo un desconocido?

Mientras su mente se atiborraba con esas preguntas y su boca se negaba a hacer lo mismo con las tostadas y el queso que estaba desayunando, su padre la obligó a salir de su ensimismamiento.

—Mary, hay un asunto que quiero discutir ahora contigo, aprovechando que la señora

Jennings ha salido.

Ella sintió que podía atragantarse, pero se apuró a generar saliva suficiente para empujar la comida, que de igual modo tardó en comenzar a caer hacia su estómago.

—Te escucho, padre.

Henry Bannerman se aclaró la garganta para hablar, lo que, según el conocimiento que tenía sobre su padre, era un gesto con el que admitía cierta tensión.

—He notado durante el último tiempo demasiada cercanía entre tú y ese joven Ashtown. ¿Entiendes a

lo que me refiero?

Henry Bannerman parecía detectar parte de lo que estaba sucediendo y no lo avalaba. Mary no necesitaba escuchar las palabras dichas con tanta claridad, porque casi podía leer en su cabeza.

—No entiendo bien a qué te refieres, padre. Apenas conozco al señor Ashtown...

El hombre dejó de mirar hacia el espacio vacío que se hallaba a su frente y le dirigió su mirada.

—Hija, no juegues conmigo...

Mary dejó, con los dedos tensos, la cucharita de té sobre el platito.

Hizo acopio de fuerzas para mentir.

—Te estoy siendo sincera. Soy una dama comprometida y en cuanto a ese caballero del que me hablas, poco más que su nombre sé.

Sus ojos, al conectar con los de su padre, no se delataron.

Henry pareció estar evaluando la situación, como si las palabras de su hija fueran tan inverosímiles como la teoría de que pudiera fingir tan bien.

—Espero que así sea... porque debo admitir que tu cercanía con ese hombre me genera cierta inquietud. He oído hablar poco de

él, nunca bien. Es muy dado a la moda y al cuidado personal, pero muy poco a las maneras gentiles. La palabra caballero no parece aplicársele y, a pesar de que su padre frecuenta a algunas de nuestras amistades, por la situación económica y la educación de su familia es claramente de una clase inferior a la nuestra.

Ella sintió que las mejillas le ardían, y esperó que esa sensación no se hubiera manifestado de manera visual, aunque al poco tiempo, cuando su padre le dedicó una sonrisa torcida, ella entendió que el engaño no se había asentado

con todo su peso.

—Insisto en lo que he dicho... No tengo interés en el caballero en cuestión.

—¿Caballero? Mmmm —Henry hizo un gesto con la mano como si quisiera espantar algo en el aire que lo estuviera molestando—. Cambiemos de tema, pero te aclaro que voy a seguirte más de cerca y que voy a seguir indagándote sobre ese muchacho hasta que me quede completamente claro que tu cabeza no alberga la loca idea de tener algo con él... Debo velar por tu bienestar y espero que sepas comprenderlo.

Henry continuó con su desayuno como si allí no se hubiera estado hablando de nada trascendente, bebiendo el té con muchas ganas. Ella no pudo probar ningún bocado más, ni aun como parte del papel que estaba interpretando.

Su padre, luego de unos momentos, hizo un comentario breve más:

—Hemos sido invitados al baile que realizará el señor Sharp en su residencia dentro de tres días. Los Aldridge ya me han confirmado su asistencia. Será una ocasión ideal para que puedas seguir



profundizando el conocimiento mutuo con el doctor. ¿No lo crees?

—Sí, padre, así es —dijo ella, reprimiendo el suspiro que quería dejar escapar.

Mathias Sharp era un comerciante próspero que se había enriquecido en poco tiempo. Debido a su caudal creciente de dinero, resultaba agradable en grado sumo a su padre. A ella solo le parecía un hombre gordinflón de modales recargados. Y, para colmo de males, ¡asistirían también los Aldridge!

Su padre decía velar por su

bienestar, pero estaba muy lejos de entender en qué consistía su verdadero bienestar.

Se sentía como una flor regada con arena y atrapada en una habitación sin sol.

\* \* \*

Mary arribó a la residencia de los Sharp con un vestido de seda tan claro que parecía ser blanco. Aquel vestido de baile siempre le había gustado por darle un aire ingenuo y encantador, que le permitía mantener al resguardo de las sombras su verdadera

personalidad, mientras fingía ser lo que otros esperaban que fuera.

Llegó con el mismo desánimo que había tenido los días anteriores, pero pretendiendo ocultarlo muy bien. El señor y la señora Sharp los recibieron con gran calidez, demasiada para su gusto personal. Reían de un modo rabioso y grosero, y hablaban hasta el punto en el que uno pensaba que iba a tener que pedirles que se callaran o resignarse a enloquecer.

Al poco tiempo descubrió a John entre la multitud. Esa noche lucía mejor que nunca y no tenía modo de pasar desapercibido. Su abrigo y su

pantalón negros eran muy similares a los que llevaba cuando lo había conocido, y le sentaban de maravilla. Portaba también un chaleco en tonos de amarillos luminosos, y no pudo evitar sentirse un poco hipnotizada por esas formas sinuosas tan bonitas bordadas con hilo dorado sobre aquella prenda.

Él tardó un poco más en reconocerla. Al hacerlo, la sonrisa que le dedicó fue dulce, directa y sincera. Amplia como eran sus ojos y sus manos.

Todo estaba saliendo hasta ese

momento mucho mejor de lo esperado. Rogó a Dios no encontrarse con Ernest. Sería demasiado para una sola noche y sus nervios todavía no se habían recuperado del último encuentro. Además, era probable que arruinara otra vez sus breves momentos de felicidad.

El baile todavía no había comenzado, por lo que siguió a su tía, que se acercaba a un grupo de amigas entradas en años.

A los minutos vio cómo Julia le hacía señas desde el otro lado del amplio salón y, disculpándose con el grupo en el que se hallaba, lo

dejó para dirigirse hacia ella.

Se tomaron de las manos durante un instante breve.

—Julia, te he extrañado.

—Yo también, amiga. ¿Cómo has estado?

Mary sonrió, pero el tinte de la sonrisa era un poco triste. Pensó que habían pasado muchas cosas muy rápido, pero sentía vergüenza de contarlo. No quería hacerlo, así que se dispuso a resumir.

—Me encuentro bien, aunque he estado un poco nerviosa en el último tiempo.

Julia la miró con una ceja

levantada, pidiendo así más información de la que le estaba siendo develada, o al menos dando a entender que sabía que algo se le ocultaba.

—¿Y cuál de los dos caballeros te ha causado esos nervios?

—¿De cuáles dos caballeros hablas?

—El señor Ashtown o el doctor Aldridge, Mary...

Julia parecía estarse disgustando.

Mary interpretaba que su amiga no quería tratar el tema en cuestión. Acababan de saludarse y habían recaído en la cuestión de Ernest.

Era claro que Julia no podía sacar al doctor de sus pensamientos ni de sus conversaciones.

—John Ashtown, claro. El doctor no está esta noche y debo dar las gracias al Cielo por ello. Si estuviera entre los asistentes, solo lograría ponerme más nerviosa.

Julia dejó de prestarle atención y dirigió su mirada detrás del hombro de Mary, con una cara que bien podría juzgarse de hipnotizada.

Cuando se dio vuelta para intentar comprender qué era lo que Julia miraba, se topó con la impactante figura de Ernest, que esa



noche parecía lucir más alto, sin saber si por el efecto de la luz o el orgullo, y que la miraba a los ojos, implacable.

—Señorita Bannerman, señorita Wilmington —dijo Ernest.

Julia no pudo evitar, como siempre que aparecía la persona que tanto la cautivaba, ser la primera en hablar.

—Doctor Aldridge, no imaginaba encontrarle esta noche aquí...

Solo entonces logró que Ernest quitara su mirada de Mary y se la dirigiese a ella.

—Los Sharp son amigos de mi padre desde hace algún tiempo, y por lo tanto míos también.

—¡Oh, comprendo!

Otra mirada breve a Mary, como si se le hubiera escapado.

—Julia, me gustaría que compartiera este baile conmigo, ¿acepta? —le preguntó él.

—De acuerdo, doctor —respondió ella, mostrando tanta emoción que se encontraba al límite de la buena educación. Tanta afectación no era bien vista por los más acérrimos concededores de las maneras gentiles.

Ernest pareció percibir cierta ternura extrema en las palabras de Julia que le resultó desagradable, porque hizo un gesto de disgusto que duró un solo segundo, y que solo Mary llegó a interpretar.

—Y el conjunto siguiente, señorita Bannerman, espero que me lo dedique a mí. ¿Sería eso posible?

—Sí, doctor —dijo Mary en un tono neutro que no expresaba nada, y que era bastante indigno de una persona voluble como ella.

Ernest ofreció el brazo a Julia, sin quitar los ojos de encima de

Mary, quien entonces lamentó haber aceptado compartir algo con él.

Pensó en huir otra vez hasta que terminara el baile prometido a Ernest, pero descartó la idea al instante. Semejante truco no podía usarse más de una vez, y no había funcionado en la ocasión anterior.

Se quedó charlando con otras jovencitas solteras que hacían frecuentes alusiones tanto a John Ashtown como a Ernest Aldridge, a uno como un modelo del hombre guapo y atractivo y al otro como al objetivo matrimonial de cualquier mujer que no hubiera perdido la razón. También la felicitaban por su

elección. Mary no entendía todo ese parloteo, ni tampoco consideraba al doctor Aldridge tan importante o deseable.

El tiempo se fue con lentitud, como si no quisiera marcharse. En un momento determinado, vio que las jovencitas que formaban el grupo en que estaba inmersa, atontadas, comenzaban a hacerse a un lado a medida que Ernest se acercaba a ella.

—Vengo por el baile que me prometió, señorita Bannerman.

—Sí, claro.

Mary le contestó con todo el

desgano que pudo reunir y lo tomó del brazo, dirigiéndose con él rumbo a la pista de baile.

—Luce usted maravillosa esta noche.

—Es usted muy cortés.

¿Y ahora qué estaba intentando? ¿Cortejarla cuando faltaba menos de un mes para que se casaran? ¿No se suponía que eso debía hacerse antes?

—¿Me permitiría llamarla por su nombre de pila cuando no nos escuchan los demás?

Mary no entendía hacia dónde iba todo aquello, aunque le habían

enseñado que un hombre no podía llamar por su nombre de pila a una mujer que no fuera su esposa o una amiga de viejos tiempos. Tampoco le importaba en lo absoluto, como las demás normas de la sociedad que seguía la gente inteligente, no la gente como ella.

—Puede decirme como quiera.

Si el rostro de él era neutral, el de ella era imperturbable. Se habría dicho, al verla, que se trataba de una muñeca muy bien articulada. Quizás se moviera con mucha gracia y se viera muy bonita, pero no había en sus gestos rastros de emoción o goce alguno.

Si Ernest se encontraba disgustado por tal comportamiento, no lo había dejado ver hasta ese momento.

—De acuerdo. ¿Podría un día dedicar una tarde a enseñarme a bailar? ¿Sería mucha molestia para usted?

—No baila tan mal, doctor.

Ella se reprimió durante un momento, pero al final acabó deslizando por su boca una leve sonrisa, que era sincera, quizás avergonzada por haber intentado dar una palmadita de espalda y haber lanzado, en su lugar, una



declaración demasiado sincera.

—Pero me gustaría bailar bien, como lo hace usted, que se desliza por la pista como si flotara en vez de caminar.

El paso de baile los separó durante unos momentos.

Mary no tenía idea de cómo podía paliar esa situación, así que se resignó a seguirle el juego.

—De acuerdo. Podría visitarnos una tarde y yo le enseñaría.

—Se lo agradezco mucho.

El resto del baile que compartieron se mantuvo sin más diálogo. El silencio fue tenso y él

buscó múltiples veces su mirada sin conseguirla casi nunca. Al concluir, Ernest la llevó a dar unas cuantas vueltas alrededor de la pista, esperando, quizás, que así no pudiera bailar con nadie más.

Toda la consciencia de Mary sobre la presencia de Ernest se esfumó al divisar a John, que se acercaba hacia ellos.

Su acompañante lo interpretó al segundo y su sangre, disparada, se asentó en su rostro para encenderle la piel y la expresión.

—Doctor Aldridge, creo que la pieza ya ha terminado y quiero

bailar la próxima con la señorita. ¿Qué dice usted, señorita Bannerman?

El tono de John era duro. Mary nunca lo había visto así. La tensión de su mandíbula y el resto de los músculos de su cuerpo decía que se encontraba muy enojado.

—Si no le molesta, doctor Aldridge... —dijo ella.

Las palabras de Mary, que intentaban ser una disculpa, no habían servido en realidad para nada.

Ernest no tuvo otra opción que soltarla. Se separó un poco de ella,

que le quitó su mano del brazo. Con los músculos del rostro demasiado tiesos, dirigió a John una mirada clara de desafío y luego se fue con lentitud y solemnidad.

El rostro de John estaba transformado.

—No me gusta que pases tanto tiempo cerca de ese hombre.

—Solo bailaba con él. Es una fiesta, John, y es mi prometido ¿Qué puedo hacer?

Aunque sabía que John estaba encolerizado, ella se lo atribuyó a los celos, y eso le gustaba. El rostro se le iluminó.

Ernest estaba bailando otra vez con Julia, pero no la perdía de vista. Eso ya casi no importaba. Parecía que Mary tenía pintada en la cara una sonrisa eterna.

—Solo bailabas con él, pero a ese hombre le gustas mucho. Le gustas de un modo posesivo como me gustas a mí —susurró John en un tono que era rudo pero ardiente.

Mary no sabía qué responder a eso. Después de todo, ella no podía hacer mucho respecto a los sentimientos del doctor.

—Solo era un baile, John.

—Tengo miedo de que te acabe

conquistando.

—¿Ernest?

—Pensé que sería más propio llamarle doctor Aldridge.

El rostro de John iba enrojeciendo el color, lo que demostraba que su irritación no hacía más que crecer.

Por suerte, la segunda pieza del baile estaba pronta a concluir. Esa faceta de John, que acababa de conocer, no le gustaba en lo absoluto. No quería estar cerca de esa cara de él. Pensó que la evitaría cuantas veces pudiera, ya que solo le gustaba la otra, la que la hacía

vibrar.

Terminó el baile, se dedicaron saludos recíprocos y se separaron.

\* \* \*

Ernest no volvió a pedir otro baile con Mary, ni quiso bailar mucho más esa noche. Se dedicó a mantener conversaciones superfluas que muy poco le interesaban con grupos de caballeros que se encontraran siempre en un lugar donde pudiera mantener a Mary bien observada.

Tan tenaz fue su vigilancia, que detectó cuando ella recibió en su

mano una nota pequeña y le resultó evidente que unos minutos más tarde salía rumbo al jardín.

¿Se repetiría una vez más la historia de los peines?

Se fue detrás de ella sin pensarlo dos veces, como un lunático.



# Capítulo VIII

*22 de Marzo de 1815, 28 días para  
la boda.*

Mary moría de nervios, y tanto era así que escuchaba a sus pensamientos tartamudear.

Había buscado un lugar bastante sombrío bajo un árbol. Tenía miedo de que los descubrieran. Sabía que su tía andaba cerca, pero había aprovechado la ocasión en que se marchaba al salón de juegos para poder encontrarse con John. Agradecía que su carabina no tuviera la sagacidad de su padre, y

que fuera mucho más dada a los naipes que este. Después de todo, era la segunda vez que hacía uso de la misma debilidad de la señora Jennings.

—Esto se parece mucho a algo que ya viví.

Mary no lo podía creer. No, no era la voz de John. Era el tono maduro de un personaje oscuro. Era Ernest, que venía dispuesto a arruinar, como tantas veces, su agradable encuentro.

—¿Qué hace aquí, doctor Aldridge? —dijo Mary, entregando a Ernest una mirada llena de furia.

—Sería más propicio preguntar qué hace usted. Seguramente no está aquí para entregarle besos furtivos a su prometido, ya que conozco bastante bien al citado caballero y no ha sido convocado a su encuentro.

La pose de Ernest era teatral. Tenía los brazos en jarra y las piernas abiertas. Pero teatral no significaba alegre, ni tampoco amistosa.

—¡Es usted tan desagradable! — le dijo Mary sin medir las palabras, como acostumbraba, dejando volar al ave vehemente que era su

sinceridad.

—Y como soy tan desagradable, usted espera al agradable señor Ashtown, que tiene enorme calidad para ejecutar el piano y para otras artes en las que se utilizan las manos.

Mary elevó más su mentón.

—Es un impertinente. ¿Y qué sabe usted acerca de sus manos?

—Lo de la habilidad y velocidad de las manos de Ashtown es hartamente conocido en el mundo de los caballeros, así como en el de algunas damas...

—Lo injuria para alejarlo de mí.

Una voz distinta a la de ellos cruzó el aire que los separaba.

—Aldridge...

John había llegado con rapidez y sin que ellos se dieran cuenta.

Ernest interpuso el cuerpo entre Mary y John, como una metáfora de lo que también hacía con las emociones y sentimientos de ellos.

—¿Por qué citas a mi prometida en el jardín?

John estaba jadeando. Parecía que había llegado corriendo. Ella supuso que los había divisado ya desde la lejanía y se había imaginado los problemas en los que

estaban metidos.

—Aldridge, sabes sobradamente que su matrimonio fue un arreglo.

Ernest parecía haber recibido un golpe inesperado. Miró a Mary.

—¿Eso le ha dicho, señorita Bannerman? ¿Que el matrimonio fue arreglado?

Mary tenía deseos de hundir su mirada veinte metros bajo tierra.

—Es más complejo que eso, señor Ashtown.

Fue todo lo que atisbó a decir, agradeciendo por una vez que la espalda de Ernest le impidiera mirar a los ojos del otro hombre,

porque de hacerlo el sentimiento de vergüenza hubiera sido insoportable. Era una rebelde y solía romper las reglas, pero lo que ahora estaba haciendo no estaba bien y algún lugar recóndito de su conciencia siempre hacía una que otra aparición para recordárselo.

—Esta señorita me ha aceptado sin estar obligada. Y, sin importar las condiciones, esta joven es mi prometida. Me voy a marchar ahora solo porque no quiero iniciar un escándalo, y tres personas desaparecidas de los salones son demasiadas.

Centró la mirada en los ojos de

Mary.

—No digas luego que no te lo advertí, Mary, y no me avergüences. No nos arrastres a los dos por el fango. No lo hagas.

Ernest señaló con el dedo índice a Ashtown y sentenció:

—Este hombre no lo merece.

Luego el foco de su mirada se dirigió hacia John.

—Voy a estar a la cantidad de pasos suficientes para verlos. Si le haces algo carente de decoro, voy a venir por ti, y no me importarán ni el escándalo ni los años de amistad que unen a nuestros padres.



Mary no lo podía creer. ¿Quién se creía ese hombre para intervenir entre ellos? ¿Y para decidir qué podía y qué no podía hacerle John? Sí, claro, se creía su prometido, pero la cuestión de su casamiento había estado casi arreglada antes de que él le pidiera matrimonio. Ahora debía soportar los absurdos derechos que quería ejercer sobre ella y que, aunque toda la sociedad diera por justos y evidentes, a ella no le parecían tales.

Cuando se encontraron solos, John se recostó contra el árbol sin decir nada, intentando tranquilizarse.

—No voy a poder hacer nada de lo que quiero hacerte mientras nos esté mirando —le dijo él.

Mary lo observó con tristeza, algo de inquietud y desesperación. Llevaban varios minutos allí y no podía ausentarse tanto tiempo. Su tía y los demás conocidos comenzarían a buscarla.

—Ahora no importa. ¿Te alegras de verme? —le respondió ella.

—Todo lo que puedo, dadas las circunstancias. Tuve que hacer uso de la amistad que mi padre tiene con los Sharp para poder estar hoy aquí, y vine solo porque imaginé

que asistirías, pero Aldridge se las arregló bastante bien para arruinarme la noche.

Como John suponía que Ernest no podía verle tanto como los ojos, aprovechó para hacer con ellos lo que no podía hacer con las manos, y le tendió miradas que iba arrastrando a lo largo y ancho del cuerpo femenino, insistiendo en su escote y su boca.

Mary comprendió la situación, y supo que era lo máximo que iba a tener de él mientras se hallaran en esa situación, así que le devolvió la mala intención con una sonrisa.

—Pronto, hermosa, pronto —le susurró John.

Mary solo suspiró.

—Debemos volver. Nuestra ausencia levantará sospechas y es lo peor que nos puede pasar. Eso nos complicaría mucho la vida.

John daba muestras de cordura por primera vez durante toda esa noche.

—Sí, tienes razón.

Mary buscaba una manera de despedida que fuera acorde, pero no sabía cómo debía reaccionar. Le habían enseñado cómo comportarse bajo las normas de la buena

sociedad, nunca fuera de ellas. Allí no había etiqueta ni reglas de las que pudiera asirse.

—Vuelve tú primero. Yo volveré en unos instantes. Es mejor que no nos vean entrar juntos —dijo John.

Mary le dedicó una sonrisa más y se fue apesadumbrada.

Ernest había encontrado una nueva ocasión para producirle odio, y en ese momento el ardor del sentimiento estaba incrementado por la reincidencia. ¿Era que ese hombre no conocía el orgullo propio o la resignación?

Mary volvió a la pista de baile y Ernest aún seguía en los exteriores. Sus miradas se habían cruzado cuando ella ingresaba al edificio, y supo que era probable que dejara de ser el observador y pasara a ser el observado, solo por la preocupación que la dama albergaba por John.

El doctor se dirigió hacia su contrincante, que todavía no había ingresado al recinto.

Era consciente de que aquello podía transformarse en un escándalo, y ese escándalo se veía

cada vez más cerca. ¿A ella le importaba? Lo más probable era que no.

Siempre la había observado actuar como una sentimental e irracional. No le importaban las normas, las buenas costumbres, la educación que se le había dado ni los caminos trazados para ella. Era una rebelde, y quizás más... quizás una libertina.

Se sintió disconforme consigo mismo al pensar en ella en esos términos. Quizás los adjetivos fueran demasiado duros para alguien que no quería ser arrastrada

por el río. Esa actitud que tanto malestar le causaba en esos momentos era la misma que antes le había gustado. Era un poco irónico, pero todo terminaba teniendo sus dos caras.

¿Tendría él otra cara? ¿Una más oscura y dispuesta a saltarse las normas? Había sido siempre demasiado sensato y atento con ella. Su edad cronológica se había encontrado fuera de sincronía casi toda su vida con su edad mental. Había asumido demasiadas responsabilidades, preocupado siempre por lo que los demás esperaban de él y por lo que otros



querían que él fuera.

Y ella huía de todos esos amarres sin que las consecuencias le importaran.

Pero John Ashtown era otro tema. Un cazafortunas, quizás. O un hombre demasiado vil, dispuesto a aprovecharse de la inocencia de una jovencita para luego dejar su reputación y sus sentimientos en el lodo. No iba a permitir que eso sucediera.

Ahora se encontraba frente a él, cara a cara, y la situación debía ser dejada en claro.

—¿Qué estás haciendo,

Ashtown?

Ernest no iba a perder el tiempo, y todo aquello ya lo estaba hartando.

—Lo Lamento, Aldridge. Ninguno de los hechos que presenciaste eran agresiones personales contra ti.

—A mí no me interesan tus excusas. Esta joven no es alguien con quien debieras jugar. Hay muchas viudas deseosas de tener tus pasionales servicios.

—Sé que no debo jugar con ella. Ella es especial. Me enamoré de ella, Aldridge. Es un afecto real y

no la estoy engañando.

Ernest no podía creer lo que oía. Sus cejas formaron arcos amplios y elevados. Esas palabras no correspondían al hombre de moral relajada que sabía muy bien que John era.

—¿Me dices que no es un juego? ¿Que no estás jugando, cuando siempre haces lo mismo?

—Sí, eso es lo que te digo. No es un juego esta vez. Puedo jurártelo —se aclaró la garganta y continuó—. Lamento que sea tu prometida, Aldridge, pero lo cierto es que aún no te has casado con ella y que voy

a luchar para evitar que la tengas.

Ernest se sentía retado de modo abierto. ¿Le estaba diciendo que Mary nunca sería su esposa? ¿Se atrevía a ello sin sentir ni vergüenza ni comezón?

Lo señaló entonces con el dedo, apuntando entre los ojos de su oponente, como si llevara un arma en lugar de una mano.

—No, Ashtown. Con ella no. Es mi prometida —le contestó Ernest, con un acento especial en la palabra "mi".

John abrió los brazos, mostrando las palmas, indicando con este

gesto que no podía hacer nada respecto a la situación de disgusto más allá de lo que le había prometido hacer.

—Si es así, lo lamento. Deberás luchar por ella y hacer que te elija, y debo decirte que los naipes no están a tu favor.

Ernest bajó el brazo y tensó la columna, irguiéndose. La que había sido una lucha contra él mismo ahora se volvía una batalla entre tres.

—Que así sea. Pero te advierto algo: si la utilizas o la maltratas, sin importar qué diga ella, te retaré

a duelo y morirás.

John tragó saliva. El aire entre ellos se sentía caliente y todos los que conocían a Ernest sabían que jamás faltaba a su palabra.

—De acuerdo —dijo John, asintiendo con la cabeza.

Las cartas no estaban, por cierto, a su favor, pero esta vez no se retiraría del juego por eso. Eso hacían los malos jugadores y él llevaba demasiados años jugando mal.

El ataque sería contundente, e iba a reconsiderar algunas sucias técnicas del enemigo que él antes

había desechado.

Si ella buscaba pasión y sensualidad, pasión y sensualidad le daría.

\* \* \*

Mary estaba ahogada en sus pensamientos. Lo único que hacía era mover de manera frenética su abanico y recorrer en la mente los eventos de la noche.

Se encontraba sola, intentando olvidar las vivencias amargas para concentrarse en las agradables. Las sonrisas compartidas con John y la complicidad de la que formaban

parte la llenaban de satisfacción.

Sabía que la relación con él significaba un problema. Mientras fuera soltera, seguiría siendo custodiada por su tía, que ahora se encontraba muy cerca de la silla donde ella descansaba. Además, era la prometida de otro hombre, el cual era posesivo en grado sumo, como casi todos los hombres. John no le había propuesto matrimonio y, de haberlo hecho, las posibilidades de que su padre aprobara tal unión eran ínfimas. Una fuga conjunta quizás sería la única manera de lograr concretar algo bajo el amparo de la ley. Y si se



transformaba en su amante una vez casada con Ernest... tendría que ser luego de dar un heredero, o de lo contrario sería algo escandaloso más allá de los límites imaginables.

El camino era como un laberinto de que no conocía la salida. Todo el escenario parecía estar compuesto de muros, muros y más muros.

Todas sus disquisiciones fueron interrumpidas por una voz ya muy conocida para ella.

—Te tengo un mensaje de John. Te espero en la biblioteca — escuchó que le susurraba Ernest,

mientras fingía pasar caminando de modo casual por detrás de su silla.

Mary no tuvo tiempo de responder, ni siquiera de decirle que no sabía dónde se encontraba la biblioteca. Además, tenía que encontrar la manera de escapar de la mirada de su tía.

Tuvo que esperar un buen rato hasta que la señora Jennings se mudara de lugar, hasta un grupo de señoras añosas como ella, que se encontraban en el otro extremo de la pista. Se la veía muy alegre y era probable que estuvieran contando los chismes más escandalosos y calientes de la temporada. Creyó

que tenía unos diez o quince minutos a su favor.

Así fue que se decidió a esfumarse, bordeando a paso lento pero decidido el salón que estaba siendo usado como pista de baile. Cruzó la puerta, que se encontraba abierta, y bajó con rapidez por las escaleras hacia el piso inferior, cubriéndose un sector del rostro con el abanico. En la planta baja no halló a nadie, pero sabía que cualquiera podía pasar por allí de un momento a otro. Si la descubrían, ya tenía pensado decir que estaba buscando a su doncella para que le cambiase los zapatos,

que se le estaban por deshacer.

Supuso que la biblioteca debía estar al final del largo pasillo del primer piso, y hacia allí se dirigió con un paso corto y veloz, que cualquiera hubiera juzgado como estar corriendo.

Encontró unas cuantas puertas que daban hacia el pasillo y estimó que una de ellas debía ser la biblioteca, por lo que comenzó a caminar con lentitud, intentando determinar por intuición, adivinación o alguna muestra física evidente cuál era el salón en cuestión.

No tuvo que analizarlo mucho más, ya que por una puerta entreabierta salió de repente un brazo que la atrajo hacia el interior de una habitación, tirando de su muñeca con fuerza.

La biblioteca había estado cerca, en efecto. Ahora se hallaba dentro de ella.

El susto se deshizo al comprobar quién era su acompañante. Ese personaje tan petulante nunca le había causado miedo. Era demasiado grande, pero no demasiado fuerte.

Su larga silueta bloqueaba la

puerta cerrada. Ernest tenía los brazos en cruz en la espalda.

Al observar mejor su pose y su mirada, que ahora llameaba de un modo que antes no lo había hecho, un poco húmeda y demasiado decidida, comenzó a sentir algo de incomodidad.

Era otro hombre. Sus ojos ahora depredaban y ella comenzaba a sentir que acudir a la cita había sido un error. Hizo caso omiso de aquella molestia y arremetió contra Ernest como si no la estuviera sintiendo.

—Vine porque me dijiste que

tenías un mensaje para mí. ¿Cuál es el mensaje?

Él curvó la boca en una sonrisa que era casi maligna y Mary sintió que le clavaban algo en la mitad de la columna vertebral.

Luego el doctor suavizó el gesto.

—No tengo ningún mensaje de Ashtown.

Mary abrió más los ojos, con unas maneras que en otras mujeres se hubieran juzgado de actuadas y exageradas pero que en ella, tan emocional y transparente, eran sinceras.

—Me dijiste que tenías un

mensaje de él.

Ernest acortaba la distancia entre ellos, mientras su mirada la perseguía como a una presa. Se movía con paso lento y firme.

Ella retrocedía con temor, casi arrastrándose, y luego de chocar contra un escritorio fue a intentar esconderse detrás de los estantes de una biblioteca, donde en tres pasos amplios Ernest la tuvo atrapada.

—Sabía que vendrías si te decía eso.

Mary estaba viendo entonces el lado poco amable del doctor. ¿La pensaba someter allí mismo?



Se irguió y levantó el mentón, sin dejar que su postura develara el universo de dudas y miedos que la acorralaba.

—¡Te odio! Eres de lo más desagradable que he conocido...

Ernest la tomó por la cintura y la acercó hacia su cuerpo mucho más allá de lo que se le hubiera permitido a alguien que no fuera un esposo. Mary podía sentir los muslos de Ernest presionando contra su vestido. Y ese personaje, ¿de dónde había salido?

—¿Qué haces? ¿No crees que fuiste suficientemente ridículo esta

noche? Suéltame.

Ernest no le hacía caso. La tenía amarrada con firmeza y parecía inmutable.

Ella no sabía qué pensar ni sentir. Ese no era el ceniciento doctor Aldridge, que ella hubiera jurado que jugaba a los naipes con las lechuzas en los cementerios, a la hora en que los espíritus andaban en pena.

Ernest apoyó su frente contra la de ella.

—Podría ser un hombre más ridículo aún... tan ridículo como tú deseas...

Mary tragó saliva. Estaba a punto de llorar. No sabía cuánto tiempo más contendría las lágrimas. La impotencia y un cóctel desagradable de sentimientos de frustración se arremolinaban en su cabeza.

Le golpeó el pecho con los puños y las lágrimas comenzaron a escapársele, pero él no la soltó.

Su boca femenina formaba un gesto rabioso y horrendo.

—Eres tan ruin... tan ruin...

Ella sollozaba, y le costó comprender lo que sucedía cuando Ernest comenzó a besarle el rostro

en los caminos que las lágrimas formaban mientras resbalaban.

En un momento, que ella no supo bien cuál era, el beso rodó de la mejilla al cuello.

—Dime qué te hace que tanto te gusta y te lo haré. Dime qué no te hace que te gustaría y también te lo haré.

Las palabras de esa voz masculina llegaban en lenta procesión desde otra dimensión. El sonido de la pronunciación se había agravado y esta vez sí tenía una gran carga de emoción, que de haberle tenido que poner un nombre

le habría llamado deseo.

Lo odiaba y quería detenerlo, pero su mente no enviaba la señal de alejarse. Él le hablaba de un modo meloso que se le antojaba irresistible y sus besos, diferentes a los besos posesivos de John, le resultaban cálidos y acogedores. Los roces que le dedicaba parecían ser una danza de labios ofrecida a ella.

Ahora estaba jugando con su oreja, mordisqueando como si buscara algo, mientras sus defensas seguían cayendo.

Cerró los ojos cuando Ernest

acercó su boca a la de ella. El perfume que emanaba del cuello de él, que alguna vez había olido con insistencia en un trozo de papel, se le colaba en la nariz sin pedir permiso. Iba a dejar que tomara sus labios sin resistirse.

Ernest no pareció dispuesto a desaprovechar la oportunidad. Intensificó el abrazo y lo hizo más envolvente y posesivo. Ella ya no sabía dónde estaba ni con quién, y prefería ignorarlo.

Él comenzó el contacto con suavidad, tomando entre sus labios el labio inferior de Mary, y luego el superior, y estuvo un buen tiempo

dedicado a esto hasta que profundizó e intensificó el beso, dejando que sus lenguas se encontraran y se saludaran, sin tensión y sin imposición. Ambos disfrutaban de los sabores compartidos y los leves contactos desequilibrantes.

Mary se hallaba otra vez perdida por el deseo y en esta ocasión se trataba de otro hombre. Reconocía la sensación, porque ya la había sentido antes. Y aunque estaba embelesada con el beso de Ernest, que parecía no terminarse nunca, recordaba sus palabras cuando le decía que otros hombres le podían

hacer sentir lo mismo que John.

Odiaba reconocer que él tenía razón. Sentía deseo. ¿Qué otro nombre podía ponerle a esa necesidad hambrienta de que la apretara más contra su cuerpo?

Ernest separó apenas un poco sus bocas. Él también estaba extasiado y no quería volver al mundo real.

—¿Quieres que te siga besando?

Las palabras eran pronunciadas como una risa o como un silbido, más que como sonidos con notación propia.

Ella solo pudo responder con un suspiro, que él aprovechó para



tomar como un sí y para volver a acometer contra su boca, esta vez intensificando el juego con los labios de Mary, y aprovechado que ella ya no quería zafarse para que sus manos, ahora libres, jugaran con la nuca y el cabello de la joven. Le sujetaba el pelo para apartarlo de su rostro, luego le hundía los dedos entre la masa de rizos, después le frotaba la cabeza en círculos y volvía a comenzar.

Ella bajó los puños, que ya habían dejado de luchar contra él hacía varios minutos, y relajó las manos a los costados.

Al momento siguiente las usó

para detener las de Ernest, que de tanto ir y venir por su cabeza le estaban haciendo escapar las pocas ideas cuerdas que le pudieran quedar.

Interrumpió el beso de repente porque vio que la situación se descarriaba. Reconocía su propio ardor, y el de él era asimismo evidente, tanto por el ritmo de su respiración como por el calor y la tensión que, aún a través de las ropas que los separaban, podía sentir a la altura de su entrepierna.

Lo miró con tristeza y vergüenza.

—¿Qué me hiciste hacer?

Él le respondió en un tono de voz muy bajo. Aún se encontraba algo sedado.

—Nada. Tú aceptaste lo que te ofrecí, por una vez.

Ernest sonreía satisfecho, e intentaba tomar entre sus manos las de Mary, que no se lo permitía.

—Ya me entregué antes a él.

La sonrisa de Ernest desapareció del rostro. Se mordió los labios inferiores y miró hacia los costados. Luego volvió sus ojos hacia los de ella.

—Esto que sientes por él y por mí es deseo, no es amor, y acabo de

demostrarte que no es él el único que te lo puede causar.

—Me imagino que ya te desilusionaste lo suficiente... que cancelarás el compromiso.

Ernest se cruzó de brazos. Hizo el gesto de una sonrisa con la boca cerrada, muy digno de un bufón.

—No lo suficiente. No voy tras tu virtud ni tras tu juventud como tú crees, aunque tu noticia no sea grata ni me cause satisfacción.

Mary no podía creer lo infatigable que era aquel hombre. Parecía que nada lo podía hacer retroceder, que nunca se iba a

rendir.

—¿Y por qué yo? —lo dijo de un modo tan melancólico que él no pudo negarse a responderle.

—Si te lo digo, lo usarás para aprovecharte de eso de ahora en más, pero lo haré de todos modos. Es la pasión y la fuerza con la que vives la vida. Eres tormentosa —le tomó el mentón con una mano—, y eso es lo que siempre amé de ti.

Mary sintió que ya no tenía nada más que decir. Lo rodeó para alejarse de él, se acabó de secar las pocas lágrimas que le habían quedado sin besar y se fue de la

habitación sin decir nada más, ante la mirada incrédula de Ernest, que había logrado sentirse ganador solo por breves instantes. Cortos, pasionales e inolvidables instantes.

# Capítulo IX

*23 de Marzo de 1815, 27 días para  
la boda.*

Ernest se encontraba en el despacho de su residencia.

La noche anterior había sido larga y estado llena de sucesos inesperados. Demasiados eventos habían acontecido todos juntos.

Había vivido el odio, los celos, el rencor, la pasión, el amor y la dulzura. Todas las emociones separadas solo por breves períodos de tiempo.

Un libro reposaba sobre el

escritorio. Tenía un lomo alto de color granate, adornado con varios círculos floreados y guardas en dorado. En letras mayúsculas se leía: "Orgullo y prejuicio". Las tapas estaban decoradas con un papel símil de mármol veteado en tonos negros, amarillos y siena.

Lo abrió sin prestar demasiada atención a lo que hacía, con los ojos puestos en algún punto imaginario de la habitación.

Había vuelto a cometer una locura. Había pedido a su mozo de cuadra, al que le tenía gran confianza, que hablara con sus



amistades en el servicio de la familia Bannerman para investigar si era posible hacer una oferta de dinero a cambio de un favor que él iba a necesitar. En el mismo día, el joven no solo había investigado sino que también le había concertado ya el acuerdo.

Mientras su dedo vagaba sin sentido por las páginas del libro, una serie de imágenes iba llegando a su cabeza. Había llegado muy lejos pero... ¿era capaz de continuar?

Cerró el libro con un solo movimiento, lo tomó en su mano y partió de su hogar con una ilusión:

que esa noche tuviera un sabor aún mejor que la anterior.

\* \* \*

El corazón del doctor estaba acelerado y no sabía si era o no correcto darle lugar a la culpa.

La sombra de Ernest, que iba ataviado con una capa, pasaba desapercibida entre las calmas y dormidas calles de Londres. No quería llamar la atención y su carruaje o caballo con seguridad lo hubiesen hecho, por lo que iba a pie. Así, como alguien más, con su rostro oculto por la oscuridad,

nadie podía sospechar su identidad o intenciones.

El edificio donde moraban los Bannerman lo recibió a los pocos minutos. La puerta de entrada principal, azul durante el día, al golpe de la oscuridad de la medianoche parecía casi negra. De cualquier modo, aquella puerta no le estaba destinada en esas horas.

No tenía la suerte de que la luna lo acompañase. La única manera de comprobar la hora era acercarse al farol de aceite de la calle, que iluminaba la entrada al área de servicio, y observarla en su reloj de bolsillo. Eran las cero horas en

punto, tal como se había acordado.

La luz del farol lo dejaba descubierto y le podía permitir a cualquier transeúnte reconocerlo, por lo que al instante se alejó de la esfera de luz que emanaba de ese objeto.

Se ubicó frente a la puerta de hierro labrado que le daría entrada en el área<sup>[3]</sup>. La empujó con suavidad, temeroso. Nunca había ingresado en esa sección de ninguna casa y no sabía si la puerta estaba trabada con cerrojo. Para su tranquilidad, la puertecilla cedió con rapidez el paso, con un ligero

ruido de fricción de bisagras. Respiró hondo, se acomodó mejor el libro que llevaba bajo el brazo y bajó los pocos peldaños de la escalera que lo conduciría al subsuelo. Le habían dicho que debía golpear la puerta blanca, por lo que comenzó a buscarla. La halló a pocos pasos, luego de hacer un giro hacia su derecha.

Al encontrarse a escaso espacio de la puerta, se dijo a sí mismo que todavía podía marcharse, que toda esa locura que había tramado podía terminar allí y que nadie sabría nada; pero la fantasmagórica ilusión de volver a ver a Mary, muy

endulzada por sus propios sentimientos, le hizo continuar.

Como había sido pactado, sacó un pedazo de papel del bolsillo y lo hizo resbalar por debajo de la puerta.

Comenzó a sentir que el corazón le tamborileaba en las sienes. Más arriba, solo un ruidoso viento pasajero que corría por la calle se acordaba de los que a esas horas estaban fuera de sus casas.

¿Lo estarían esperando?

La puerta se abrió sin dejar ver a ningún ser humano, causando más chirrido del que él hubiera

preferido bajo aquellas condiciones. Desde fuera se veía un reflejo de luz, así que decidió entrar. Una sola vela se hallaba sobre una mesita rústica y poco trabajada. Cerca de la única ventana que la pequeña habitación tenía, podía adivinarse una sombra humana, pero su rostro y figuras precisas eran imposibles de determinar.

—Doctor, temía que no se animara a venir... —le dijo un susurro de mujer madura, desde el espacio en el que se hallaba su desconocida interlocutora.

Ernest sintió que la vergüenza le

mordisqueaba la piel, la sangre, los huesos y hasta el alma, y no supo qué debía contestar a aquello.

Sacó de un bolsillo de su pantalón una bolsita pequeña, que al momento extendió sobre la palma de la mano abierta:

—Aquí tiene. Es lo que hemos acordado.

Hubo un espacio de silencio tan largo que le molestó.

—Espere. Antes yo quiero que usted entienda algo. Yo no estoy vendiendo a la señorita ni mucho menos...

—¡Cómo puede decir...!



—¡Shhh! Permítame decirle que esta no es su casa, doctor, y que usted no manda aquí. Además, mi vida nunca va a estar en sus manos, porque a mí no me atienden los doctores —hizo una pausa, y luego continuó—. El señor Bannerman no es el mejor señor al que he atendido y usted parece ser un poco mejor que él. Esa niña está cansada de vivir bajo este techo y es muy infeliz, y a su padre... lo soportamos con resignación todos los sirvientes.

Ernest comprendió que su posición era complicada y decidió callar.

—Antes de que lo deje continuar y cerremos este trato, me tiene que jurar que no hará daño a la señorita y que esta visita está consentida por ella —dijo la mujer en un tono que se oía como una sentencia, y con una acentuación sobre la palabra "daño" que no dejaba ninguna duda con respecto a su interpretación.

A través de la ventana, observaron pasar los pies de dos hombres que transitaban por el frente de la propiedad.

Sintió pánico de que pudiera ser descubierto, de que alguien pudiera escuchar esa conversación oscura

sobre un trato aún más oscuro, y decidió dejar de lado las reticencias y mentir sobre el consentimiento de Mary, ya que solo podía jurar de corazón lo de evitarle cualquier daño.

—Le doy mi palabra sobre ambas declaraciones.

—De acuerdo. Deje la bolsita sobre la mesa.

Ernest hizo lo que la mujer le había indicado.

—A esta hora todos nosotros dormimos, pero intente ser silencioso. Siga su camino hacia el fondo, hasta pasar la zona de

lavandería. Allí encontrará una escalera pequeña de madera que lo llevará hasta el corazón de la planta baja. Desde ahí ya sabrá cómo ubicarse para llegar al segundo piso. En el segundo piso duerme la señorita, en la primera puerta de la derecha. Si se equivoca —le pareció escuchar una pequeña risita, que bien podría haber sido de una niña—... si se equivoca puede que caiga en los aposentos del señor.

—De acuerdo. Muchas gracias, señora —fue todo lo que Ernest dijo antes de continuar su camino por el pasillo.

—Si quiere, puede llevarse la vela...

Al ver el oscuro camino que había destinado para sí mismo, comprendió que no tenía elección. Regresó sobre sus pasos y tomó el objeto ofrecido de la pequeña mesita.

Procuraba que sus pasos fueran lo más livianos que su existencia física le permitiera. En aquel momento hubiera deseado poder ser un espectro para materializarse después, pero sabía cuán irrealizable era semejante idea, por lo que se atuvo a caminar con

rapidez y sigilo, con pasos casi pegados al suelo para que sus botas no evidenciaran su presencia.

Encontró lo que juzgó como recámaras donde dormían, en secciones separadas, hombres y mujeres de la servidumbre. Atravesó también una pequeña bodega y luego llegó hasta donde se hallaban dos grandes fregaderos. Caminó un poco más, recordando las palabras que la mujer le había dicho, y encontró una escalera pequeña de madera.

No pudo evitar constreñir los labios cuando, al comenzar a subir la escalera, sus pasos fueron

seguidos por el eco rechinante de ellos mismos. Se dijo que ya no podía volver atrás, que había llegado muy lejos, y continuó.

A los pocos segundos se encontró sobre el suelo entarimado del comedor, y luego lo dejó para pasar al salón central, por el que tomó las escaleras principales de mármol que lo llevarían hasta el piso superior. En aquel ascenso se sintió demasiado vulnerable, por lo que sopló la vela cuya luz le marcaba el camino.

Utilizó su tacto y se aferró a la pared para no caer. Recreó en su

mente un mapa de aquellas secciones de la propiedad que conocía, como el primer piso, para caminar con paso más firme y otorgarse una seguridad que no sentía.

En esas condiciones llegó al primer piso, y tomó otra vez las escaleras para seguir hacia el segundo. Allí, a la derecha, lo esperaba la habitación de Mary. Al fin había llegado.

Utilizó su tacto para determinar dónde comenzaba y terminaba una habitación y cuando hubo encontrado la primera puerta de la derecha, suspiró. Se reía en tono



bajo de su locura, que por primera vez en tantos años hacía su aparición; y de su osadía, que nunca había creído tener.

Tocó con un puño tímido la puerta y se alejó lo suficiente como para ampararse de cualquier luz que pudiera emerger de la habitación si alguien salía de allí.

La puerta se abrió con lentitud. La pequeña cabeza de Mary, envuelta en el halo de luz que le otorgaba la vela que llevaba en la mano, emergió apenas hacia afuera.

\* \* \*

Mary hizo unos pasos fuera de la habitación, contra toda su predicción de valentía, pero no vio a nadie. Regresó entonces a la recámara, preguntándose si quizás el edificio que siempre había ocupado su familia estaba encantado sin que ella lo hubiera notado. ¿Podía ser eso? ¿Sería probable que centenarios fantasmas arrastraran sus cadenas, su desdicha y sus pecados por los pasillos sin que nadie más se hubiera dado cuenta hasta ese momento? ¿O es que los fantasmas podían de repente una noche despertar de su sueño y recordar

que debían vagar por el mundo? Esa teoría no lucía convincente.

Mientras se hallaba en esos inverosímiles pensamientos, la puerta de su habitación se abrió de repente y una sombra enorme y negra, que parecía ser de un hombre, ingresó en ella. Durante unos segundos el corazón se le paralizó y la sangre se le fue del rostro.

—No temas. Soy yo —susurró Ernest.

Mary se hallaba sentada sobre la cama, con la espalda contra el respaldo y las sábanas a medio

cubrirla. Los cabellos, muy largos, le caían lluviosos por los hombros y el pecho.

—¿Qué hace aquí?

Mary se incorporó, sintiéndose entre aturdida y enojada.

—¿Ha enloquecido ya totalmente? —continuó Mary.

Ella aclaró su enfado con sus brazos cruzados y el entrecejo fruncido, pero él no parecía encontrarse asombrado.

—Hace tiempo que perdí toda cordura, ¿no lo sabes todavía?

Mary suspiró mientras hacía un gesto muy gracioso con las cejas

que denotaba cansancio y adulta superioridad.

—Te traje un regalo —le dijo Ernest, extendiendo la mano en la que llevaba el libro.

Ella miró el lomo. Sus ojos parecían achicarse aún más mientras hacía un esfuerzo por leer en lo que era casi la oscuridad.

—¿Orgullo y prejuicio?

—El mismo.

Mary lo miró sin expresar ninguna emoción y tomó con brusquedad el libro de su mano, para luego dejarlo sobre el mueble donde tiempo antes había estado la

vela.

—Gracias, doctor. ¿Ya se va o preferiría someterme a sus deseos una vez más?

La pose de Mary no parecía indicar una invitación, pero el objetivo de sus palabras tampoco era claro.

Él mostró una sonrisa torcida en señal de que no se hallaba en lo absoluto herido por la pregunta.

—Dime tú si te gustó que te sometiera a mis deseos...

Como era de esperarse, ese tono la indignó.

—Creo que debería irse, doctor.

Está en la habitación de una jovencita soltera e inocente con la que todavía no se ha casado. Por lo tanto, no estoy obligada ni a ser suya, ni a satisfacer sus deseos, ni a darle un heredero, ni a obedecerle, ni a ninguna de las otras cosas que somos sometidas cuando estamos casadas. Mientras llega ese horroroso momento, deberá esperar.

Ernest mostró una sonrisa melancólica.

—¿Tan malo será?

—Tan malo como vivir con un hombre muy maduro de carácter

gris y tan poco entendido en las artes y la sensibilidad que solo puede seguir una rutina diaria sin ningún tipo de emoción.

Él solo tardó unos pocos instantes en reaccionar.

—Continúas buscando herirme, y pese a que no sé cuánto de verdad o mentira hay en tus palabras, debo asumir que mis besos de anoche no te parecieron tan grises. Quizás con una buena cantidad diaria de ellos perderías esa idea tan mala que tienes de mí. ¿No crees, señorita Bannerman?

Ernest acortó los pasos entre



ellos, de manera que ambos podían sentir la respiración del otro.

Las palabras de Mary habían logrado mucho más que las de él. Iba ganando. Su pequeño e inaccesible espacio de venganza interior era defendido con un trato distante, que esperaba que fuera suficiente para disolver los recuerdos que su adversario esgrimía.

Entendía cómo él disfrutaba refregándole su debilidad de la noche anterior. Entendía que esperaba derribar sus defensas y que lo dejara entrar en su vida. Estaba sorprendida de que se

hubiera atrevido a tanto como llegar a su habitación en la noche, siendo un hombre tan protocolar y conservador, un ejemplo de un caballero verdadero y aburrido. Estaba azorada, pero no iba a transparentar sus velos, porque eso daría a Ernest más espacio para una lucha que no deseaba que se llevara a cabo.

Él le acercó más el rostro, hasta que sus narices casi estuvieron por chocar.

—¿No me contestas nada, Mary?

Una piedrecilla cruzó en ese momento la habitación, silbando su

presencia. Ernest la alejó de la ventana y luego se acercó a observar.

Era John; ella estaba casi segura. Ernest también lo había visto. La escasa luz de la luna era suficiente para reconocerlo.

La postura del doctor, con las palmas apoyadas a los costados de la ventana y la boca en una línea tensa, la inquietaba aún más. No sabía qué podía esperar de él como siguiente movimiento.

Mary corrió hacia la ventana y vio que John había colocado una escalera para comenzar su ascenso

hasta la habitación.

Ernest la miró de modo desafiante. Ella le respondió con unos ojos bailarines que se mostraban apresados por el miedo. ¿Qué podía hacer ella? Si gritaba, todo se volvería un gran escándalo. ¡Dos hombres en su habitación! Eso le supondría estar eliminada para siempre de cualquier círculo social respetable.

—¿Te gustaría ver cómo cae al piso tu príncipe azul cuando empuje la escalera? Sería divertido...

Ernest le hablaba, pero no la miraba. Así los bastones

verticales de la escalera mientras John estaba a punto de llegar a la altura de la habitación. Sacó entonces medio cuerpo fuera por la ventana, para que John lo pudiera ver. Sus ojos se encontraron en el espacio vertical que los separaba y el otro hombre se detuvo.

Ernest le dijo en un tono bajo, que tenía por fin que le leyera los labios, que se bajara, y como ya le había separado la escalera de la pared, aquello era una advertencia, no un pedido.

Cuando John se hubo bajado, avergonzado y furioso, quitó la escalera del muro y la dejó a un

lado, entre unos arbustos.

Ernest apoyó la espalda contra la ventana, se cruzó de brazos y miró a Mary, satisfecho.

—Estos momentos no tienen precio en oro.

—¿Le podrías haber hecho daño!

—De acuerdo, pero luego yo sería perdonado, ya que la víctima no iba a ser otra que el amante de mi prometida. ¿El amante o un amante? ¿Cómo debería decirlo?

Mary se lanzó contra él como si hubiera habido una transmutación a animal salvaje. Le tomó las solapas de su abrigo intentando sacudirlo,

lo que le fue imposible dados el peso y la fuerza de él, que ni siquiera necesitaba defenderse.

—¡Me tienes harta! ¡Con tus ideas posesivas, tu intervención, tu persecución, con todo! Déjame en paz. No te pertenezco, ¿me has oído?

Lo golpeó en el pecho con los puños y se alejó de espaldas a él. Comenzó luego a dar vueltas yendo y volviendo en un mismo lugar.

—¡Te exijo que te marches ahora mismo de mi habitación!

—Claro... me iré —dijo haciendo una inclinación

exagerada, y se lanzó como un tornado hacia ella. Le tomó la boca con la suya y la levantó en sus brazos. Con rabia la sentó en el descanso de la ventana, que se alzaba a una altura ideal para él, y permaneció de pie, levemente agachado para cubrirle el rostro de besos febriles y apasionados, sin pensamientos ni medidas.

Ella se sintió como en una nube o en un sueño, sin saber si debía responder activa o pasivamente, si aquello le causaba odio o le gustaba.

Lo que Mary no podía negarse es que la impulsividad y la pasión de



Ernest disparaban sus instintos de mujer. Fue ella quien abrió al poco tiempo sus piernas para que él pudiera ubicarse entre ellas y le fuera más fácil besarla.

Casi podía palpar sus celos y su ardor. Lo sintió. Sintió que algo como una braza ardía bajo el pantalón de Ernest e intuía que era una prueba de que la estaba deseando. Eso le causó un gran orgullo femenino, y en ese momento comenzó a responder a los besos de los que antes solo había sido víctima y a complementar su abrazo cuando antes se había negado a tocarlo.

Las manos de Mary medían interesadas los hombros anchos y la espalda larga del hombre que parecía estarla comiendo, mientras se preguntaba por qué los hombres llevaban siempre tantas prendas de vestir sobre ellos.

Cuando lo encerró entre sus piernas, formando una cruz con ellas a la altura de los glúteos de él, fue consciente de que con ello había recrudecido el deseo masculino. Ernest parecía entonces menos dispuesto a detenerse. ¿Se detendría?

La respuesta fue casi evidente

cuando comenzó a recorrer su piel bajo la camisa de dormir, donde las manos largas ya se habían colado.

Mary comenzó a lanzar quejidos quedos al tiempo que él la llevaba hacia la cama, aún enlazado por sus piernas. Algunos de los sonidos que su voz emitía eran cubiertos por los truenos que habían comenzado a bramar unos instantes antes, anunciando una tormenta.

La dejó sobre las sábanas y luego se acomodó sobre ella, extendiendo el fuego mediante caricias superficiales, en algunos sectores de piel simples roces, a lo largo del pequeño torso y los

glúteos firmes, avanzando ya hacia sus muslos y su zona más sensible.

—Yo inicié todo esto pero... ¿lo deseas como lo deseo yo? —le preguntó Ernest, entre suspiro y suspiro.

Una luz de cordura se coló desde la mente de Mary hacia su presente. Sus planes se estaban desbaratando. Por una noche interesante iba a perder la posibilidad de vivir con un hombre que la emocionara toda su vida.

—No... No... Esto está mal.

Ernest se detuvo. Todavía tenía la respiración agitada. Tomó el fino

mentón de Mary entre sus manos.

—¿Por qué con él sí y conmigo no?

No podía decirle la verdad acerca de su virtud, que convenía que él siguiera considerando perdida, así que mintió:

—Con él tengo sensaciones diferentes.

Ernest cerró los ojos durante un instante largo y suspiró. Saltó de la cama, tomó la capa que había dejado caer y se fue por la puerta que había usado para entrar, todo ello sin ni siquiera mirarla.

Mary buscó a John a lo largo de su campo de visión, porque tenía el presentimiento de que no se había marchado luego de su altercado con Ernest.

Su vida era una locura. Sentía todavía arder los dedos de Ernest en donde la había tocado mientras buscaba a otro hombre. Al fin, su mirada lo encontró. Estaba en el extremo opuesto del jardín, sentado allí, sobre el banco, cabizbajo.

Se dijo que lo mejor sería pedirle que se fuera.

Descendió las escaleras, envuelta en su salto de cama, hasta la planta baja.

No pudo evitar correr hasta la ventana de la salita y asomarse a mirar. Observó a Ernest marcharse como una sombra, sin nombre y sin color, por la calle que le conduciría hacia la residencia de los Aldridge, ¿o quizás hacia algún burdel donde se sacaría las ganas que ella le había dejado? La sola idea le causaba rencor y repugnancia.

Se alejó de allí y corrió hacia el despacho de su padre. Esperaba que la llave de la puerta que daba

al jardín no estuviera guardaba en un cajón con cerradura. Pensar en una llave custodiada por otra llave le sonaba algo irónico.

Cuando se encontró frente al enorme escritorio del señor Bannerman, buscó en el cajón superior de la derecha. Había allí muchas cosas, pero no estaba la llave. Luego hizo lo mismo con el inferior, de modo apresurado y al borde de perder toda la paciencia que le quedaba. Allí, entre la tinta y las plumas, la encontró.

A los pocos segundos llegó al jardín.



John se puso de pie, asustado en un primer momento, por haberse creído descubierto. Luego la reconoció, y se abalanzó hacia ella. Cuando estuvo a un paso, le tomó con fuerza los brazos entre sus puños.

—¿Por qué estaba en tu habitación?

La lluvia era inminente.

—Suéltame. Me estás haciendo daño.

—¿Por qué estaba ahí? ¿Qué te hizo?

John se negaba a soltarla y fuertes goterones comenzaban a

caer sobre ellos.

—No sé por qué estaba aquí. Se las ingenió para subir. ¡Suéltame, te pedí que me soltaras!

John la dejó libre. Sus rizos se habían alargado por el agua y lucían ahora pesados y aplastados contra su rostro. Cada uno de los músculos de su cara y su cuello se había tensado, transformándolo en un personaje amenazante.

—¿Por qué no terminas esa historia con él? ¿Por qué no rompes el compromiso?

—Deja de gritar o armarás un escándalo. No puedo romper el

compromiso. Mi padre me obligó a decirle que sí. Mi vida sería insoportable si decidiera hacer caso omiso de lo que casi me ordenó.

—¿Entonces me estás diciendo que voy a ser siempre tu amante?, ¿que me conforme con eso, con compartirte?

Desde el comienzo de la conversación, la furia de John no había hecho más que crecer.

—Bien sabías desde un primer momento que yo estaba comprometida con él. Todos lo sabíamos. Eso no te detuvo.

Una lluvia copiosa los estaba empapando, mientras él parecía analizar las últimas palabras.

—Solo se te aceptará que tengas un amante cuando le hayas dado un heredero... ¿sabes eso?

—Sí, lo sé.

—Es decir... que para que miraran hacia otro lado y soportaran nuestra relación tú tendrías que haberte acostado antes con él.

—Así parece ser.

—¡No lo soportaría!

—Lo lamento.

John puso los brazos en jarra,

frunció la boca y bajó la cabeza. Luego la alzó de repente.

—Esta noche ha sido una gran desilusión para mí.

Ella no contestó y John se marchó enfurecido, con la mayor velocidad que el proceso requerido para saltar el muro le permitía.

Mary se sentó en el suelo, en aquel mismo lugar, a llorar con desesperación, por si la lluvia torrencial que caía sobre ella fuera capaz de limpiar las lágrimas que fluían en grandes cantidades de sus ojos, o el dolor que las generaba, o los pecados que la enmudecían.

Estaba en una situación desesperada y lo peor de aquella era su confusión. Se encontraba en el centro justo del laberinto de su vida y no sabía ni cuál era la salida, ni qué salida deseaba hallar.

Lloró por Ernest y por John, por el daño que les estaba causando a ambos, y por todas las circunstancias que la habían llevado por esos caminos.

Recién luego de una hora comprendió que su cuerpo llevaba mucho tiempo sometido al agua y a una ventisca fresca, y subió a su habitación tiritando y habiendo ya

perdido sensibilidad en algunos miembros de su cuerpo.

**Hasta aquí llega el fragmento de este libro.**

**Puedes adquirir la versión completa en los siguientes enlaces:**

**<http://www.amazon.com/dp/B00E1>**

**<http://www.amazon.com.mx/dp/B00E1>**

**<http://www.amazon.es/dp/B00EF2>**

# Notas de la autora

[1] Se cree que el poema de 1802 de Goethe llamado «*Der Rattenfänger*» está inspirado en la leyenda de Hamelin y fue uno de los primeros registros que hicieron más conocida la leyenda, que luego sería muy difundida, unos años más tarde, en 1816, bajo la forma de cuento por los hermanos Grimm. ([◀Volver](#))

[2] El pasaje era un túnel estrecho y pequeño de algunas casas de ciudad de la Regencia. Corría por entre los edificios y por



allí pasaban los carruajes para ser guardados en el sector posterior de las residencias. En su extremo, llegaba al mismo patio al que daban las caballerizas y los corrales de los animales. ([◀Volver](#))

[3] "El área" era el nombre dado al sector de los sirvientes que se situaba debajo del suelo y en la parte frontal de las casas de ciudad construidas durante las eras Georgiana y Regencia de Inglaterra. Se llegaba hasta ella a partir de una serie de escalones que nacían a nivel de la calle, y en aquel espacio se desarrollaban muchas de las labores de servicio del hogar.

([◀ Volver](#))

# Biografía de la autora



Dorothy es el nombre de pluma de una escritora argentina que imagina el paraíso como una biblioteca (así como Borges, sí).

Su más reciente logro es haber

ganado el Concurso de relatos del II Encuentro de Novela Romántica en Tarifa, España.

Escribe y lee en grandes cantidades desde que comenzó a comprender las letras. Compuso su primer poema a los nueve años, sobre una hoja perfumada de diario íntimo, y desde ese momento no ha dejado de escribir.

Su principal pasión en la actualidad es la creación de novelas románticas (con interés especial en el período de la Regencia Inglesa).

“Hasta que me odies” es su

primera novela en el género.

Puedes conocer más sobre ella y leer algunas de sus obras de modo gratuito en su sitio web:  
<http://dorothymccougney.com>.

# Quizás te interese...

En la próxima novela te contaré la historia de amor de Thomas Ollerton, uno de los personajes más interesantes del relato que ahora tienes en tus manos.

Si quieres estar al tanto de su publicación y otras novedades, no dudes en seguirme en [Twitter](#), [Facebook](#) o [Google+](#).

# Table of Contents

[Agradecimientos](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Notas de la autora](#)

[Biografía de la autora](#)

[Quizás te interese...](#)